



CENTRO DE ANÁLISIS E
INVESTIGACIÓN POLÍTICA.

REVISTA PLÉYADE

NÚMERO 15 | ENERO-JUNIO 2015
Online ISSN 0719-3696 / ISSN 0718-655X

DOSSIER

IDEAS E INTELECTUALES EN AMÉRICA LATINA: HISTORIAS, REGISTROS Y ABORDAJES DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

Alejandro Fielbaum
Vicente Montenegro
Pierina Ferretti

Introducción
Ideas e intelectuales en América Latina: historias, registros y abordajes del pensamiento latinoamericano

ARTÍCULOS

Horacio Tarcus

Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del IIº Congreso de Historia Intelectual de América Latina.

Adriana María Arpini

Augusto Salazar Bondy y Gastón Bachelard. Consideraciones a propósito de un entramado discursivo.

Enrique Riobó

Antigüedad y modernidad en el Ariel de José Enrique Rodó.

Gonzalo García

Utopía y sentido histórico en América Latina: el caso de Ariel y la Filosofía de la Liberación.

Juan Morel Rioseco

Utopía y Comunidad: Dos proyectos de vida comunitaria a comienzos del siglo XX en Chile.

Rosalie Sitman

(Re)discovering America in Buenos Aires: The Cultural Entrepreneurship of Waldo Frank, Samuel Glusberg and Victoria Ocampo.

Giorgio Boccardo Bosoni

Pensamiento revolucionario en América Latina. Juicio crítico a la producción político intelectual a partir de la Revolución cubana y nicaragüense.

Jorge Budrovich-Saez

Después del Marxismo, después del Anarquismo: Laín Diez y la crítica social no dogmática.

Patricia González San Martín

El marxismo pensado al modo de una filosofía de la praxis. Señalamientos para un pensamiento de lo político en la filosofía chilena de la década del 60 del siglo XX.

Blanca S. Fernández
& Florencia Puente

Marxismo herético en América Latina. Un dialogo posible entre Agustín Cueva y René Zavaleta.

José Aricó

Mariátegui y la formación del partido socialista del Perú.

MARIÁTEGUI Y LA FORMACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA DEL PERÚ*

José Aricó**

RESUMEN

En este artículo, José Aricó examina la formación del Partido Socialista del Perú en el contexto de la ruptura entre José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, los dos principales conductores del movimiento popular peruano a fines de los años veinte. El análisis de Aricó tensiona las lecturas hegemónicas que de este episodio habían instalado desde los años treinta tanto comunistas como apristas. El autor centra su mirada en las diversas maneras de concebir el camino que debía tomar la refundación nacional del Perú y las también diversas prácticas políticas que desarrollaron ambos personajes, postulando que que tal vez el punto más importante de la ruptura estuvo en el marcado antijacobinismo de la concepción y la práctica política de José Carlos Mariátegui, opuesto al personalismo caudillista que caracterizó a Haya.

PALABRAS CLAVE: José Carlos Mariátegui – Víctor Raúl Haya de la Torre – Alianza Popular – Revolucionaria Americana – Partido Socialista del Perú – Internacional Comunista.

* Artículo recibido el 28 de febrero de 2015 y aceptado el 23 de marzo de 2015. *Nota de los editores:* Este texto fue publicado en la revista peruana *Socialismo y Participación* 11 (1980): 139–167 y se reproduce aquí íntegramente y sin modificaciones, salvo algunas correcciones de errores ortográficos detectados en el original, la actualización de la ortografía de algunas palabras de acuerdo a las normas actuales de escritura y la adaptación del formato de las citas junto con la adición de un resumen, palabras clave y bibliografía para ajustarnos a los requerimientos de *Pléyade*. Además, y en la medida que esto nos fue posible, completamos la información editorial de algunos documentos citados por Aricó a los que les faltaban datos. Es pertinente aclarar que la reproducción de los artículos aparecidos en *Socialismo y participación* está autorizada por la revista bajo la condición de consignar explícitamente la fuente.

** *José María Aricó* (1931–1991) fue un intelectual socialista argentino nacido en Villa María Córdona Argentina. Fundador de la emblemática revista *Pasado y Presente* (Córdoba, 1963–1965; Buenos Aires, 1971–1973) que le valiera la expulsión del Partido Comunista Argentino en 1963. Exiliado en México desde el golpe de 1976, dirige la Biblioteca del Pensamiento Socialista, donde desarrolla una importante labor editorial, dando a conocer en español obras de teóricos como Bauer, Kautsky, Bernstein, Grossmann y el mismo Marx. Fue profesor en FLACSO y por invitación de muchas universidades latinoamericanas y europeas, transmitió sus ideas a través de cursos y conferencias. Al regresar de su exilio a la Argentina, en 1984, funda el Club de Cultura Socialista y la revista *La ciudad futura*, concentrando sus preocupaciones intelectuales en la relación entre socialismo y democracia. Su obra consta de numerosos ensayos, artículos y libros, entre ellos: *“Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano”*; *“Marx y América Latina”*; *“La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina”*. En 1999 se editaron dos libros póstumos, *“La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina”*, de Editorial Sudamericana; y las Entrevistas, 1974–1991, a cargo del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

MARIATEGUI AND THE FORMATION OF PERU'S SOCIALIST PARTY

In this article, José Aricó examines the formation of the Socialist Party of Perú, in the context of the split between José Carlos Mariátegui and Víctor Raúl Haya de la Torre, the two main leaders of the peruvian popular movement in the late twenties. Aricó's analysis challenges the hegemonic readings that since the thirties, both communists and 'apristas' have made of such episode. The author focuses on the different ways of conceiving which path the national re-foundation of Perú should take, as well as on the diverging political practices carried on by both personalities. Aricó postulates that the most important point of the splitting is possibly the distinct anti-jacobinism of Mariátegui's political concept and practice, as opposed to the 'caudillo's' personalism that characterized Haya.

KEYWORDS: José Carlos Mariátegui – Víctor Raúl Haya de la Torre – Alianza Popular Revolucionaria Americana (American Popular Revolutionary Alliance) – Socialist Party of Perú – International Communist.

I

Debo aclarar inicialmente que no me propongo abordar aquí la totalidad de los aspectos, bastante controvertidos por lo demás, que ofrece el tema tal cual lo he titulado. Solo intentaré ofrecer una interpretación que, a partir de la documentación y de datos testimoniales existentes, aunque tratando de ir más allá de ellos para desentrañar lo que está allí supuesto pero no siempre dicho en forma explícita, permita explicarnos algunos elementos discordantes que son, precisamente, los que justifican una polémica todavía no concluida sobre las características "singulares" de la organización política revolucionaria que Mariátegui intentó construir a partir de su ruptura con Haya de la Torre. Trataré de mostrar que Mariátegui se diferenciaba de Haya de la Torre, por una parte, y de la Comintern, por otra, en tres aspectos sustanciales, aspectos que han quedado oscurecidos, velados o menospreciados por la tendencia a enfatizar en forma desmedida otras diferencias reales de carácter fundamentalmente teórico. En mi interpretación, por lo tanto, me colocaré un tanto al margen de una tradición historiográfica fuertemente consolidada, que privilegia el análisis de las concepciones teóricas y políticas de Haya de la Torre y de Mariátegui sobre el carácter de la revolución peruana, para tratar este mismo problema desde sus respectivas prácticas políticas. De tal modo, la discusión sobre los aspectos teóricos del debate, o sobre la propia teoría que lo alimentaba, tiene en mi opinión la posibilidad de mostrar lo que esta puede y debe realmente ser: no el principio fundante de una práctica que aparece como su mera realización, sino apenas una matriz teórica en permanente

proceso de refundación en el proceso mismo de refundación política del movimiento social. Si aceptamos ese principio esencial del análisis de Marx, que afirma que aun cuando la teoría es un elemento constituyente de la totalidad social e histórica, en realidad y primordialmente es parte de esa misma totalidad, es forma teórica de ser del propio movimiento; o dicho de otro modo, si admitimos que la teoría nunca puede ser “aplicada”, puesto que siempre es “recreada” por el proceso social del que quiere dar cuenta o contribuir a crear, detenernos en las características de la práctica política de Mariátegui es un camino original, inédito, de reconstruir la naturaleza real de su concepción teórica y política, o, dicho de otro modo, de comprender la singularidad de “su” marxismo.

Se puede afirmar, y hay suficientes razones para ello, que es este el único modo correcto de aproximarnos a la obra de Mariátegui y de penetrar su significado. Privilegiar su actividad práctica, su condición de dirigente político y de creador de la primera organización revolucionaria de las masas peruanas, es una manera de evitar esa simplificación abstracta y malévolamente de raíz aprista de un Mariátegui “intelectual puro, esteticista, tardíamente comprometido con la causa proletaria”¹. Pero es también un camino para superar la tendencia hoy predominante a datar en el encuentro con el leninismo el verdadero descubrimiento mariateguiano de la política, con el consiguiente resultado de considerar a su pensamiento como la “traducción” o la “aplicación” del leninismo a la realidad peruana. Es esta visión canónica de un Mariátegui que se desplaza de la cultura a la política, en la visión aprista, o del idealismo al marxismo, en la visión comunista, la que debe ser superada para poder reconstruir la *continuidad* concreta de un pensamiento que contenía ya, en su primera etapa de definición política, ciertas intuiciones destinadas a emerger aún bajo formas ambiguas y no suficientemente

1 Dice Sánchez: “Estas diferencias tipifican dos actitudes ante la vida: la de Mariátegui, obligado por sus condiciones físicas a llevar una vida sedentaria, recibiendo a quienes querían visitarlo, sin contacto con la vida cotidiana; y la de Haya, ambulatoria y beligerante, lo que le obligaba a conceder más interés a la acción que a la cavilación. El uno, intelectual puro, esteticista, tardíamente comprometido con la causa proletaria; el otro, intelectual dinámico, dedicado más al hacer que al pensar. Al uno le sobró el espacio, al otro le faltaba el tiempo. El uno modeló su perspectiva de acuerdo con sus lecturas; el otro según sus experiencias”. (SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Apuntes para una biografía del Apra*, vol. I [Lima: Mosca Azul, 1978], 142–143). En realidad, Sánchez atribuye aquí a limitaciones físicas lo que Haya de la Torre atribuía esencialmente al “eurocentrismo” mariateguiano. Recordemos que en su carta a César Mendoza del 22 de septiembre de 1929, Haya destaca la “falta de sentido realista”, el “exceso de intelectualismo y su ausencia casi total de un sentido eficaz y eficiente de acción”, que caracterizaría a Mariátegui. Y es en torno a la oposición entre Mariátegui/hombre de pensamiento y Haya/hombre de acción que el aprismo lleva adelante su lucha ideológica contra el “pensamiento” de Mariátegui. Ecos de esa posición pueden encontrarse, a su vez, en el trasfondo de la lucha de la Comintern contra el “mariateguismo” en la década de los treinta.

explicitadas en la etapa de construcción del movimiento de masas, que lamentablemente coincidió con el de su muerte².

Algunos trabajos recientes, estimulados sin duda por las nuevas perspectivas abiertas por el libro de Guillermo Rouillon sobre el período “juvenil” de Mariátegui³, subrayan la importancia excepcional que tienen en la formación del pensamiento mariáteguiano su inicial matriz mística y religiosa y la atmósfera política y cultural existente en el Perú de los años de la guerra y de la revolución de octubre. Esa atmósfera, que algunos prefieren identificar genéricamente con el anarquismo y que más apropiadamente definiríamos como ética-moral⁴, crea las condiciones para que el encuentro

2 Es interesante señalar, por ejemplo, la revalorización que hace Mariátegui del fenómeno “colónida” como expresión de una “apetencia de renovación” que solo podía ser satisfecha con un pasaje a la política. El interés y el respeto que merecían a Valdelomar las “primeras divagaciones socialistas” del joven Mariátegui es un signo de ese desplazamiento del elitismo alejado de las masas y del espíritu “antiburgués” que alimentó la fugaz experiencia de Colónida. Pero cabe preguntarnos cómo fue posible que de un movimiento cuyas concepciones políticas –en el sentido más amplio del término– eran antidemocráticas, antisociales y reaccionarias, se pudiera pasar tan rápidamente a una orientación “resueltamente socialista”. Es posible pensar que sea precisamente en el “antiburguesismo” de los “colónidas” donde haya que buscar el punto de flexión. Y en tal caso habría que relativizar el énfasis puesto por Mariátegui en su carta Glusberg al aclarar que “desde 1918, nauseado de la política criolla, me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares, en pleno apogeo”. ¿Por qué no aceptar, más bien, lo que afirma en la información que prepara para la Primera conferencia de partidos comunistas de 1929, respondiendo, sin duda, a quienes le acusaban de haberse preocupado de los problemas nacionales solo a su regreso de Europa? Mariátegui recuerda “que a los catorce o quince años empecé a trabajar en el periodismo” y que, por consiguiente, “a partir de esa edad tuvo contacto con los acontecimientos y cosas del país, aunque carecía para enjuiciarlos de puntos de vista sistemáticos”. Si eso es así, los escritos “de la edad de piedra” que el propio autor consideraba soslayables resultarían de fundamental interés para reconstruir su itinerario intelectual y político.

3 Cf. ROUILLON, Guillermo. *La creación heroica, t. I. La edad de piedra* (Lima: Editorial Arica, 1975); GARGUREVICH, Juan. *La Razón del joven Mariátegui* (Lima: Editorial Horizonte, 1978); GARRELS, Elizabeth. “Mariátegui, la edad de piedra y el nacionalismo literario”, en *Escritura* 1 (1976); CORNEJO U., Edmundo. *Páginas literarias de José Carlos Mariátegui* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1978); TERÁN, Oscar. “Los escritos juveniles de Mariátegui”, en *Buelna* 4–5 (1980). Sin olvidar por supuesto, el precursor *La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista*, de CARNERO CHECA, Genaro (Lima: Amauta, 1964).

4 En un trabajo con el que coincido en gran parte, Carlos Franco aclara que la “disponibilidad” de Mariátegui al “marxismo italiano” (yo diría más bien a la reacción antipositivista del idealismo filosófico italiano) “es incomprensible si marginamos de su conciencia el activo sedimento teórico de su período formativo anarquista peruano” (FRANCO, Carlos. “Izquierda política e identidad nacional” en *Perú: identidad nacional* [Lima: Cedep, 1979], 249, 248 y ss.). En mi opinión, Franco acierta al enfatizar la importancia de la atmósfera política y cultural del Perú de los años 1918–1923 como condición necesaria y antecedente de la *disponibilidad* mariáteguiana. Sin embargo, no creo que se pueda identificar directamente a dicha atmósfera con el anarquismo y esto por dos razones sobre las que creo que vale la pena detenernos: 1) porque el conjunto de valores, de ideas-fuerza y de estilos de acción definidos como “anarquistas” son más bien características del romanticismo social

de Mariátegui con el idealismo, aunque parta del proceso de unificación cultural realizada por este y de hecho lo presuponga, muestre desde un principio una fuerte dimensión *política*, pero en torno a varios ejes que dan a su pensamiento una diversidad de acentos profundamente distintos. Es verdad que las transformaciones morfológicas operadas en la sociedad peruana de los años diez y veinte modifican las relaciones históricamente instituidas entre intelectuales y masas, en una etapa caracterizada por el apogeo y la crisis de la “república aristocrática” y por la emergencia de masas populares movilizadas. Y es lógico, por tanto, que estas modificaciones colocaran a la política en el centro de un debate que se preguntaba por las condiciones mismas de existencia y de transformación de un país que no era todavía una nación, sino apenas una posibilidad, un “concepto por crear”, según las palabras de Mariátegui. Solo a partir de este nuevo tejido social fue posible que la sociedad peruana se pensara a sí misma, que se abriera la posibilidad de pensar al país como una totalidad⁵. Desde este punto de vista, Mariátegui fue una expresión más, por relevante que ella fuera, de esa intelligentsia peruana que irrumpe en los años veinte. Participó de la misma atmósfera cultural, de los mismos valores, de las mismas motivaciones ideales que, como bien ha sido recordado, “restauraba el poder de la subjetividad

latinoamericano, antes que atributos exclusivos de una corriente política más acotada en el tiempo; 2) porque la expansión del anarquismo peruano en los años de la crisis de la guerra mundial es a su vez un producto de una cisura intelectual que requiere ser explicada. Aunque es innegable que existen lazos más o menos estrechos de Haya y de Mariátegui con la cultura política anarquista, es difícil extender estos lazos indiscriminadamente a toda la intelligentsia peruana. Por lo demás, habría que agregar que dichos lazos son distintos en uno y otro caso. Si podría reconocerse que la influencia anarquista fue importante en Haya de la Torre, es posible pensar que haya sido menor en el caso de Mariátegui, quien recuerda entre otras raíces de la conversión política de la joven intelectualidad peruana, las enseñanzas de un Víctor M. Maúrtua, por ejemplo, caracterizadas por una neta orientación “idealista”.

Todo lo cual lleva a preguntarnos hasta qué punto ciertas características del anarquismo latinoamericano, y más en particular del peruano, del brasileño, o del de un Flores Magón, por ejemplo, son explicables más en términos de la propia historia de las élites intelectuales, que en términos por lo general arbitrarios de adscripción a paradigmas ideológicos. El “anarquismo” así, expresaría un estado de espíritu, una manera de concebir y de relacionarse con el mundo antes que la mera adhesión a una corriente política definida. Se ha señalado muchas veces que en el interior de la gran autonomía política que caracteriza a las sociedades latinoamericanas, existe una autonomía aún mayor de la producción ideológica, lo cual explica el papel excepcional que han desempeñado históricamente los intelectuales. Quizás por este costado de la singularidad que asume en nuestros países la función intelectual podamos explicarnos la similitud de comportamientos que podemos descubrir entre la intelectualidad latinoamericana y la intelligentsia rusa de la segunda mitad del siglo pasado. La circunstancia de que entre nosotros pesara más la figura de Bakunin que lo que pesaba en Rusia la figura de Marx, no es en realidad un hecho demasiado importante.

- 5 Sobre este tema en particular, bastante relevante por cierto en la medida que muestra las vinculaciones del fenómeno Mariátegui con el proceso de “nacionalización” de una vasta capa de intelectuales, véase el artículo de FLORES GALINDO, Alberto. “Los intelectuales y el problema nacional” en *Buelna* 4-5 (1980).

y la acción creadora de la conciencia, privilegiaba la ‘voluntad heroica’ al tiempo que devaluaba el imperio de la explicación económica, hacía de la moral el territorio de la política y recusaba, en nombre del instinto popular y democrático, la subordinación al fatalismo de la evolución ‘necesaria’⁶. El “idealismo” de Mariátegui está expresando así el reconocimiento del valor creativo de la iniciativa política y la importancia excepcional del poder de la subjetividad para transformar la sociedad, o para desplazar las relaciones de fuerza más allá de las determinaciones “económicas” o de los mecanismos automáticos de la crisis. Lo que me interesa señalar es que siendo todas estas motivaciones ideales un patrimonio común de la intelligentsia peruana de esos años, posibles de ser encontradas tanto en Haya de la Torre como en Mariátegui, lo que distingue a este último del resto, o por lo menos claramente de Haya, es la *dirección* decididamente antijacobina en la que iniciativa y subjetividad son colocadas. Es la crítica del jacobinismo como forma de mediación política lo que creo encontrar como elemento realmente sustantivo en su enfrentamiento primero con Haya de la Torre y luego con la Internacional comunista. Y es por esto que considero de suma utilidad, para aclarar puntos del debate que aún siguen oscuros, detenernos a meditar sobre esos tres aspectos sustanciales a los que hice mención más arriba y que se podrían formular del siguiente modo. Lo que distingue a Mariátegui, aquello que otorga a sus reflexiones una diversidad de acentos y una diferencia de finalidades que lo coloca fuera de la tradición teórica de la III Internacional y lo aparta violentamente de Haya, reside en:

- a. Una concepción democrática, no jacobina, del proceso revolucionario, visto desde una perspectiva “de abajo” como irrupción en la vida nacional de un movimiento social autónomo, homogeneizado por un mito de regeneración de la nación peruana, capaz de constituirse en una voluntad colectiva y de devenir estado;
- b. una forma no aristocrática de concebir la relación entre intelectuales y masas, no ya como términos de una abstracta alianza de clases, sino como elemento de decisiva importancia en la organización del movimiento de masas y en la formación de un bloque ideológico revolucionario;
- c. una percepción distinta del “tiempo” propio del proceso político y social peruano, en que el elemento determinante resulta ser el nivel de organicidad alcanzado por el movimiento social.

La dilucidación de estos puntos o núcleos temáticos de diferenciación pueden arrojar la suficiente luz para aclararnos por qué, en la construcción de la organización política revolucionaria, Mariátegui insistió en defender su

6 Cf. FRANCO, Carlos. “Izquierda política e Identidad nacional”, 249.

condición de Partido *socialista* (y no “comunista”); su modelo organizativo propio y su composición social amplia y definitoria de un partido “popular” antes que “de clase”. Es evidente que una diferenciación como la que deseo establecer, diferenciación que apunta más bien a la manera de cómo se piensa una sociedad y la posibilidad de su transformación, al tipo de organizaciones y de instituciones populares que puedan llevar adelante el proceso social transformador, al ritmo propio de tal proceso, a un estilo distinto de construir una política y de llevarla a la práctica cotidianamente, debe estar en el trasfondo de todo el pensamiento mariateguiano, y por lo tanto aun en aquellos campos más distantes de la actividad directamente política. Aquí solo trataré de encontrarla en el lugar donde más conflictivamente apareció, en la construcción del partido socialista, punto de condensación de todas sus diferencias con la Comintern y el aprismo.

Podría afirmarse que un enfoque que privilegia estos aspectos de la práctica política y de la concepción teórica que de esta práctica tenía Mariátegui corre el riesgo de exagerar elementos de “continuidad” de su pensamiento. Se podría recaer así en un error de distinto signo pero equivalente al que se pretende superar. Sin embargo, está tan consolidada la creencia en una simple adscripción mariateguiana a cierto patrimonio teórico “marxista-leninista”, que quizás resulte conveniente una torcedura del bastón en sentido opuesto para descubrir nuevas perspectivas de análisis y poder dar cuenta, en la medida de lo posible, de la sorprendente originalidad de su visión de la realidad. Por otra parte, si el propio Mariátegui se concebía a sí mismo como un combatiente, es decir, como un político práctico, es en el sitio *teóricamente* privilegiado de su práctica política, allí donde se conjuga pensamiento y acción, donde debemos buscar el real significado de su conciencia crítica de la sociedad, el sentido fundante de la unidad de sus propuestas. ¿De qué otro modo podríamos evitar la recurrencia al “europeísmo”, al “eclecticismo” para dar cuenta de su asombrosa capacidad de vincular el marxismo a las más diversas corrientes culturales de la época? ¿Desde qué otro lugar podemos explicar satisfactoriamente el proceso en acto de recomposición de fuentes en el que la muerte sorprendió a Mariátegui? Como diría Togliatti de otro combatiente al que el nuestro tanto se aproxima en ciertos aspectos, si es en la política donde está “contenida toda la filosofía real de cada persona”, si es allí donde “se encuentra la sustancia de la historia, y para el individuo la sustancia de su vida moral”, es en la política donde hay que buscar la unidad de su vida, el punto de partida y el punto de llegada. Y todo, los múltiples aspectos de la vida de Mariátegui, las distintas etapas de su evolución, la investigación, el trabajo, las luchas, los sacrificios, son momentos de esta unidad⁷.

7 TOGLIATTI, Palmiro. “El leninismo en el pensamiento y en la acción de Antonio Gramsci” en *Escritos políticos* (México: Era, 1971), 47.

II

Aunque siga siendo un tema polémico, y no por razones historiográficas sino más directamente políticas, es posible afirmar que la corriente marxista que reconoce en Mariátegui su animador intelectual y moral y que funda en 1928 el Partido Socialista del Perú, emerge desde el interior y como una escisión del mismo movimiento del que habrá de surgir poco después el Partido Aprista. Miles de páginas fueron escritas para negar esta verdad que, por lo menos en los inicios de los treinta, era reconocida por comunistas y apristas⁸. El moderno movimiento social peruano tiene un punto de arranque común en esa suerte de *Sturm und Drang* que fueron las movilizaciones populares iniciadas con la jornada del 23 de mayo de 1923, fecha en que, como afirma Mariátegui, “tuvo su bautizo histórico la nueva generación”. Un año después, el 7 de mayo de 1924, Haya de la Torre crea en México un movimiento de regeneración y unificación continental llamado Alianza Popular Revolucionaria Americana, o Apra. La nueva organización tiene la enorme virtud de recoger una diversidad de temas que la ruptura de la intelligentsia con el régimen de Leguía había hecho aflorar catárticamente en la sociedad peruana. El Apra fue desde ese momento en adelante la expresión de un movimiento intelectual y moral profundamente renovador

8 En una publicación oficial de la Internacional Comunista destinada a efectuar un balance de las actividades de sus distintas secciones nacionales, publicada en 1935, se detalla de la siguiente manera el proceso peruano: “Ya en 1924 surgió en Perú la así llamada Apra, organización que en la primera época de su existencia fue la representante política del bloque que reunía a una parte de los elementos revolucionarios pequeñoburgueses y a los elementos nacionalreformistas de la burguesía y los terratenientes, y que se orientaba hacia el imperialismo británico (por entonces había un gobierno reaccionario en Perú que se mantenía en el poder con ayuda del imperialismo de los Estados Unidos de Norteamérica). El Apra se sirvió abundantemente de la fraseología ‘antiimperialista’ y ‘revolucionaria’ y supo conquistar gran popularidad entre las masas. En la medida en que se ahondaba la crisis económica y se agudizaban las contradicciones de clase, se intensificó en las filas del Apra el proceso de la diferenciación política. Mientras una parte de sus cuadros dirigentes se vinculaba cada vez más con los elementos opositores del campo burgués–terrateniente, manteniendo gracias a una demagogia de izquierda a una significativa parte de las masas pequeñoburguesas bajo su dirección, otra parte de los antiguos apristas se pasó a la escisión, y en 1930 fue fundado el Partido Comunista Peruano (con el grupo Mariátegui, los elementos de la izquierda del Apra y elementos anarquistas aislados)” Büro des Sekretariates des Sekretariat des Exekutivkomitees der Kommunistischen Internationale. “Materialien über die Tätigkeit der Sektionen der Kommunistischen Internationale, Süd – und Karibich– America” en *Die Kommunistische Internationale vor dem VII Weltkongress*, [Moscu Leningrado, 1935], 484–485).

de la sociedad en la medida que creaba las condiciones para una ruptura “de masas” de los intelectuales peruanos con su tradición histórica.

El hecho de que el Apra se postulara como un movimiento “continental”, aunque debíase en parte a la excesiva cuota de megalomanía de su fundador, era a la vez un sintomático indicador del proceso de continentalización de las aspiraciones sociales y políticas de la inteligencia latinoamericana y tenía en la Reforma universitaria su base de sustentación. Si un movimiento como el surgido en la Córdoba de 1918 había sido capaz de expandirse por toda la región, lo cual mostraba la presencia de una formidable comunicatividad generacional, ¿por qué no coronar políticamente la disponibilidad ideológica que de manera fulgurante aparecía en toda América? El Apra podía de tal modo convertirse en una fuerza política integradora, capaz de llevar a su realización las tareas de emancipación económica, política y social de América Latina que el movimiento de la Reforma universitaria había contribuido a suscitar. Concebido como sintetizador de todas las experiencias de luchas populares continentales, el Apra intentaba ser, además, el heredero de las grandes experiencias histórico-sociales que sacudieron al mundo de posguerra: la revolución de octubre, en cuanto que expresión de la *actualidad* de la revolución en un mundo al que el imperialismo y la guerra contribuyeron decisivamente a unificar, y luego las revoluciones mexicana y china como ejemplos evidentes de las transformaciones sociales que preanunciaban el inevitable derrumbe de toda la civilización burguesa. Basta reconstruir los debates ideológicos de la época para comprender el profundo estremecimiento nacionalista y revolucionario que sacudía toda América Latina. Fue, en realidad, el inicio de una nueva época en la historia de nuestros pueblos y un punto radical de viraje en el comportamiento de las capas intelectuales latinoamericanas.

Al exponer de este modo la atmósfera política y cultural de nuestro continente en los años veinte, no intento negar o soslayar el otro hecho que estaba en el trasfondo de todo el proceso: la presencia constante desde el último tercio del siglo pasado de un movimiento social de raíz obrera, campesina y popular, capaz de coagular en algunos países en instituciones políticas y culturales de cierta magnitud, no tanto por su fuerza organizativa sino por su presencia ideológico-cultural. Solo deseo enfatizar que es a partir de los años veinte cuando se produce este viraje de la intelectualidad, cuando se abren las posibilidades del encuentro del movimiento popular con una intelligentsia en franca ruptura con el orden existente. Sin que se pueda afirmar que tuvieran de esto una conciencia totalmente lúcida, o que hubieran alcanzado los puntos de vista sistemáticos para enjuiciarlo, a los que hacía mención Mariátegui, los intelectuales latinoamericanos iniciaban varias décadas después de la experiencia populista rusa una comparable “marcha hacia el pueblo” destinada a convertirla en la élite dirigente de los movimientos populares-nacionales y revolucionarios modernos. Podría

hablarse, entonces, de un verdadero “redescubrimiento de América”, de un acuciante proceso de búsqueda de la identidad nacional y continental a partir del reconocimiento, de la comprensión y de la adhesión a las luchas de clases populares.

Esta mutación del espíritu público latinoamericano, esta verdadera revolución intelectual y moral por la que atravesó el continente en los años veinte, encontró en el crisol peruano, y por razones que aún nos cuesta explicar –y hasta aceptar–, una forma de recomposición que aún cincuenta años después nos sigue apareciendo como paradigmática. Es incontrovertible que debemos a la poderosa intuición de Haya de la Torre la emergencia de un movimiento que, aunque reducido en sus pujos continentalistas al Perú y a las colonias de estudiantes peruanos en América Latina y Europa, en los años treinta se constituyó en la fuerza política hegemónica del Perú, al tiempo que influyó decisivamente en las formaciones populares de nuestro continente. Pero en los años veinte, el Apra era en realidad un universo de tendencias, de puntos de vista y de experiencias disímiles, una suerte de réplica en Latinoamérica del Kuomintang, o de los frentes antimperialistas propugnados por la Comintern, que encontraba un punto de condensación en una compartida visión de la realidad nacional peruana.

Pero por encima o más allá de la diversidad, ¿qué definiciones comunes de la realidad del Perú los mantenía unidos? ¿Cuál era el terreno de las coincidencias entre Haya de la Torre y Mariátegui? (Y no solo entre ellos, puesto que es ya suficientemente conocido hasta qué punto fueron ambos expresiones de un movimiento de renovación ideológica y cultural, antes que pensadores solitarios). A fuerza de acentuar sus diferencias, ¿no comienza ya a ser analíticamente necesario mostrar el campo –no tan estrecho como una visión sectaria quiere hacernos creer– de sus coincidencias en lo esencial?⁹ En mi opinión, Carlos Franco acierta cuando define del siguiente modo los rasgos del Perú en los que tanto Haya como Mariátegui tienen puntos de vista semejantes:

9 FRANCO, Carlos. “Izquierda política e identidad nacional”, 255–256. Cuando se habla de “coincidencia en lo esencial” de ningún modo se quiere denotar “identidad”. En el interior de esa coincidencia existe una diversidad de matices que tenderán a profundizarse en la polémica. Recordemos, además, que el texto de Haya de la Torre más utilizado para contraponer a Mariátegui es *El antimperialismo y el Apra*, que aunque supuestamente escrito en 1928, fue publicado solo en 1935. Admitiendo esta aclaración del autor, no tenemos por qué creer a pie juntillas que no sufrió antes de publicarse ninguna alteración o modificación. Es bastante probable que, como fruto de la violenta discusión con los comunistas y del debate en el interior del propio movimiento aprista haya sido modificado. Lo cual introduciría nuevos elementos en la discusión, como son, por ejemplo, aquellos vinculados con las variaciones operadas en la situación política y en la vida interna del Partido Aprista Peruano.

1. Perú no es todavía una nación; es apenas un proceso de gestación y un “concepto por crear”, como con belleza de imagen lo definió Mariátegui.
2. Dicho proceso encuentra en la transformación económica y social del mundo indígena su fundamento y, ¿por qué no?, su fuerza social de sustentación.
3. El desarrollo histórico de la sociedad peruana obedece a pautas de transformación claramente diferenciadas de las que caracterizaron la evolución de las sociedades europeas o norteamericana.
4. El Perú como nación es un proyecto bloqueado por el poder latifundista y el poder imperialista articulados en el control del Estado.
5. La economía peruana aparece combinada y desarticulada al mismo tiempo por la imbricación de distintos modos de producción, pero el nexo que las vincula es la dominación imperialista y el poder latifundista.
6. El sujeto histórico de la transformación revolucionaria del Perú es un bloque o un frente de las fuerzas populares definidas como campesinas, obreras y clase media.

A partir de esta definición común, rastreada en las dos obras fundamentales de la época, *Por la Emancipación de América Latina*, de Haya de la Torre, y *los Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de Mariátegui, se produce en el curso del año 1928 una diferenciación política que concluye en una abierta y franca ruptura. Y los temas sobre los que versa la ruptura, predeterminados en mi opinión por una diferencia más radical y nunca claramente explicitada, versan sobre la organización política del frente de clases y el papel a desempeñar por cada una de estas en dicho frente, y sobre la relación entre el proceso nacional peruano y la revolución socialista.

Es, vuelvo a decirlo, en el interior de esa constelación de fuerzas aún no homogeneizadas en torno a una propuesta política definida, pero orientadas por un mismo propósito de regeneración nacional y social, donde comienza a emerger una inevitable tendencia a la constitución de partidos políticos diferenciados. El propio Mariátegui, en el documento sobre los antecedentes y el desarrollo de la acción clasista en el Perú, que hiciera presentar en la conferencia de 1929, señala que a su regreso de Europa, en 1923, estaba animado “del propósito de trabajar por la organización de un partido de clase”. Podría pensarse que tal propósito reconoce como origen la experiencia europea de formación de nuevas organizaciones políticas de

izquierda, populares y campesinas que le tocó vivir. Sin embargo, y sin por esto negar la importancia que tales hechos pudieron tener en la formación política de Mariátegui, es oportuno recordar que la voluntad política afirmada en 1923, ya había tenido ocasión de expresarse en 1919, aunque esta vez paradójicamente en su rechazo a la constitución de un partido socialista en el Perú. Cuando en el Comité de Propaganda y Organización Socialista, formado por sindicalistas e intelectuales y con la finalidad de unificar “a todos los elementos capaces de reclamarse del socialismo”, una parte de los elementos que la componían se propone la inmediata transformación del grupo en partido, Mariátegui, Falcón y sus compañeros se separan porque no consideraban esta tarea como posible mientras la presencia de dicho Comité “no tuviera arraigo en las masas”. Y me parece que se expresa aquí una misma preocupación política porque es el argumento que puede explicar el profundo desagrado que manifestó en 1928 ante la actitud precipitada y unilateral de Haya de formar el Partido Nacionalista Libertador cuando aún estaba inmaduro el proceso de diferenciación política que necesariamente debía de operarse en el interior del Apra como frente único.

El Apra podía aparecer como movimiento de síntesis de la experiencia revolucionaria latinoamericana y asiática en la medida en que su característica inicial de organismo expresivo de una alianza de clases perdurara aún más allá de las diferenciaciones que se produjeran en su seno. De tal modo, y ateniéndose a las particularidades del movimiento social continental y peruano, se configuraba como expresión inédita, original, de la línea estratégica central que la Internacional Comunista había establecido desde su II Congreso para los pueblos dependientes y coloniales: la posibilidad de mantener vínculos estrechos de colaboración entre las formas estrictamente nacionales de transformación social y la revolución socialista en cuanto que “movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental”. Revolución socialista mundial y formas nacionales de este proceso podían encontrar un principio de resolución en el imprescindible carácter “frentista” del Apra. Modificada *prematuramente* dicha característica esencial del Apra por el apresuramiento personalista de Haya de la Torre, no quedaba en Perú otro camino que apresurar la formación de un partido “de clase”, capaz de recomponer sobre base de nuevas definiciones ideológicas y políticas el campo social ahora fragmentado. Lo cual explica que en un comienzo el debate con Haya de la Torre haya adoptado la forma de una defensa de las características esenciales del Apra, contra la desviación hayista. La lucha por el derecho ineludible de las fuerzas más declaradamente socialistas a convertirse en partido político se da en el interior del aprismo y hasta la muerte de Mariátegui se opera un molecular y complicado desplazamiento de fuerzas donde las lealtades personales desempeñaron, hasta cierto punto, un papel relevante. Y hasta hubo un momento en el que el peso

moral, ideológico y político de Mariátegui fue tan decisivo como para aislar de modo tal al grupo hayista que cupiera “en un sillón”, según la gráfica expresión de Haya de la Torre. Y habría que preguntarse, pero este es otro tema, por qué siendo así las cosas el Partido Aprista peruano, no obstante, emerge a fines de 1930 como una gran fuerza política, capaz de disputar a los comunistas la dirección de las masas y de conquistarlas en forma perdurable¹⁰.

Creo que en la distinta concepción que tenían Haya y Mariátegui del carácter frentista del Apra está un punto central del debate y la explicación de la inevitabilidad de la ruptura. Para Haya el Apra no era sino la característica propia que adoptaba en América Latina la forma europea del “partido político”, de modo tal que ambos eran una misma cosa. (“El Apra es partido, alianza y frente ¡Imposible! Ya verá usted que sí. No porque en Europa no haya nada parecido no podrá dejar de haberlo en América”, le dice a Mariátegui en su carta del 20 de mayo de 1928). Para Mariátegui, en cambio, la existencia del Apra como frente único implicaba la presencia en su interior de un proceso de definiciones y diferenciaciones en el que la formación de corrientes y de organizaciones políticas aparecía como un desarrollo probable y, en determinado nivel, necesario. Es interesante advertir que en la polémica aparece reivindicado de manera positiva, tanto de uno y otro lado, aunque por distintos motivos, el fenómeno del Kuomintang. Mientras que Haya tenía en mente la imagen del Kuomintang de Chiang Kai-shek, el de la derecha que negó y aplastó la presencia de los comunistas en su interior, el Kuomintang de Mariátegui es el de Sun Yat-sen, el de la alianza con la Unión Soviética y el de la admisión, en el interior del movimiento y como organización política autónoma, del Partido comunista de China. Relativizando la “estimación exagerada de las fórmulas asiáticas y de su posible eficacia en nuestro medio”, Mariátegui aclaraba en una carta escrita en nombre del grupo de Lima a los compañeros peruanos deportados en México, de junio de 1929, que la experiencia del Kuomintang “es preciosa para el movimiento antimperialista de Indoamérica, a condición de que se aproveche íntegramente”, y que la crisis por la que atravesaba en esos momentos dicha organización debíase “en gran parte por no haber sido explícita y funcionalmente una alianza, un frente único”.

Mariátegui considera inaceptable el proyecto de Haya de convertir al frente único en un Partido Nacionalista Libertador por varias razones que podríamos sintetizar del siguiente modo:

10 Sobre este tema, véase las siguientes contribuciones de ineludible lectura: DEUSTUA, José y Alberto Flores Galindo. *Los comunistas y el movimiento obrero. Perú 1930-1931* (Lima: Dpto. de Ciencias Sociales, 1977 [mimeo]); ANDERLE, Adam. “Comunistas y apristas en los años 30 en el Perú (1930-1935)” en *Acta Histórica* LXIII (1978); BÉJAR, Héctor. “Apra-PC 1930-1940. Itinerario de un conflicto” en *Socialismo y Participación* 9 (1980); BALBI, Carmen Rosa. *El Partido Comunista y el Apra* (Lima: Herrera Editores, 1980).

1. porque la decisión fue tomada desde México y no como hubiera correspondido desde el núcleo que tenía en Perú “la responsabilidad de nuestra obra”. En la citada carta de 1929 que estamos glosando, Mariátegui advierte “la necesidad de que la acción del Apra en el Perú no sea resuelta por un comité establecido en México, sino amplia y maduramente deliberada como *principal* intervención de los elementos que actúan en el país. Cuantos se coloquen en el terreno marxista, saben que la acción debe corresponder directa y exactamente a la realidad. Sus normas, por consiguiente, no pueden ser determinadas por quienes no obran bajo su presión e inspiración”;
2. porque desvirtuaba la idea que originariamente inspiró, hasta en su propio nombre, al Apra como frente único y no como partido. “Un programa de acción común e inmediato no suprime las diferencias, ni los matices de clase y de doctrina. Y quienes desde nuestra iniciación en el movimiento social e ideológico, del cual el Apra forma parte, nos reclamamos de ideas socialistas, tenemos la obligación de prevenir equívocos y confusiones futuras. Como socialistas, podemos colaborar dentro del Apra [...] con elementos más o menos reformistas o socialdemócratas [...], con la izquierda burguesa y liberal [...]; pero no podemos, en virtud del sentido mismo de nuestra cooperación, entender el Apra como partido, esto es, como facción orgánica y doctrinariamente homogénea”;
3. porque así como los elementos de izquierda que coadyuvaron a la formación del Apra en el Perú constituían de hecho, y decidían desde ese momento en adelante organizarse formalmente como Partido socialista, un partido como el que proponía Haya tenía todo el derecho del mundo de fundarse dentro del Apra, pero a condición de tener en cuenta que “su *biología natural* exige que se decida su *oportunidad* y *necesidad* en el Perú y no desde México”;
4. porque existiendo razones para justificar el proceso de diferenciación ideológica en el interior del Apra, la decisión de Haya obedecía a una pura e irresponsable actitud personalista, y se basaba en la mentira y el equívoco como instrumentos de la acción política.

Mariátegui rechaza, por tanto, el proyecto de Haya por ser ajeno al proceso interno de maduración del movimiento social, por desvirtuar el sentido de su actividad, por tratar de imponer fórmulas de “populismo demagógico e inconcluyente”, vaciados de toda verdad que no fuera la de la “vieja política

criolla”, y finalmente por querer establecer un “caudillaje personalista” que contradecía la necesidad de la disciplina de grupo y de doctrina que requería un movimiento ideológico como el que pretendía consolidar Mariátegui.

Como aclara en una carta previa a Magda Portal, del 16 de abril de 1928, “me opongo a todo equívoco. Me opongo a que un movimiento ideológico, que por su justificación histórica, por la inteligencia y abnegación de sus militantes, por la altura y nobleza de su doctrina ganará, si nosotros no lo malogramos, la conciencia de la mejor parte del país, aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral”. Y aquí, en mi opinión, aparece claramente indicada la última de las razones, y quizás la más importante, del rechazo de una propuesta que al intentar colocarse *prematuramente* en el terreno del enfrentamiento político directo con Leguía, amenazaba con abortar un movimiento todavía colocado en un plano primordialmente “ideológico” y por lo tanto sin capacidad de respuestas *políticas* a la acción represiva del Estado.

Producida la ruptura con Haya, el único camino de acción posible que quedaba libre para Mariátegui era apresurar la formación de “un grupo o partido socialista, de filiación y orientación definidas, que, colaborando dentro del movimiento (o sea el Apra, o alianza, o frente único, como ambigualmente lo califica) con elementos liberales o revolucionarios de la pequeña burguesía y aun de la burguesía, que acepten nuestros puntos de vista, trabaje por dirigir a las masas hacia las ideas socialistas”¹¹. A ese objetivo aplicará en adelante todas sus fuerzas y toda su capacidad de pensamiento y de acción.

III

¿Pero qué significaba en el Perú de los años veinte la formación de un “grupo” o partido político “de filiación y orientación” definidamente socialista, como decía Mariátegui en 1928, o de un partido “de clase”, como aclaraba en 1929? ¿Hasta qué punto este propósito era realizable en una situación de extrema debilidad numérica, ideológica y política del naciente proletariado peruano, y de las difíciles condiciones de semi o casi ilegalidad a que el gobierno de Leguía sometía al movimiento popular? Y de ser esto posible, ¿qué tipo de partido?, ¿con qué fundamentos ideológicos y políticos?, ¿con qué estructura organizativa?, ¿con qué fuerzas sociales y de clase de sustentación? Rechazada la propuesta de corte “nacionalista” de Haya de la Torre, ¿qué organización debían darse los socialistas peruanos?

11 “Carta colectiva del grupo de Lima” (fecha probablemente el 10 de junio de 1929), en MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, t. II, (Lima: Empresa Editora Peruana, 1947–1949), 301. En este tomo pueden verse el resto de las cartas antes citadas.

Y aquí conviene recordar que en esa primera etapa de aislamiento de Haya y de redefinición de posiciones socialistas parecieron emerger tres alternativas:

1. La del grupo comunista del Cusco, que mantenía estrechos contactos con el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista y que se constituyó definitivamente como tal a comienzos de 1929. Influidos por sus vinculaciones con la Internacional y por los resultados de la conferencia de Buenos Aires resuelven rechazar las gestiones hechas por Mariátegui para lograr su adhesión al Partido socialista y preparar y organizar el Partido Comunista del Perú¹².
2. La de grupos apristas que, como el de Buenos Aires, se oponían al proyecto del Partido Nacionalista de Haya, pero a la vez discrepaban con la formación en el Perú de un partido de “clase”. Proponían en cambio una organización de corte antimperialista, nacionalista-revolucionaria y popular¹³.
3. La planteada por Mariátegui y el grupo de sus más afines, que enfatizaba la necesidad de crear un partido socialista, concebido como una organización de clase, basado en las masas obreras y campesinas organizadas y “en cuya formación y orientación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas”. Como luego veremos, el énfasis puesto en la designación de “socialista” del partido a formar, con todas las implicancias que esto tenía, se convirtió en el punto central de discusión del grupo de Mariátegui con la Internacional comunista.

En el interior de este campo problemático de tendencias divergentes y contradictorias, constreñido por la doble presión de la recomposición aprista

12 Cf. LYNCH G., Nicolás. “La polémica indigenista y los orígenes del comunismo en el Cusco” en *Crítica Andina*, 3 (1979): 40–41.

13 MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. Apuntes..., 309–315. Existiendo disidencia sobre el nombre a dar a la organización propuesta por los apristas de Buenos Aires, en el documento enviado a todas las organizaciones apristas de América Latina y de Europa incluyeron las siguientes propuestas: Partido Socialista Peruano, Partido Agrarista Peruano, Partido Popular del Perú. Es interesante señalar cómo al sostener la necesidad de la fisonomía nacionalista y popular de la nueva organización, lo hacían desde una perspectiva socialista. En tal sentido, planteaban, por ejemplo, la “utilización simultánea de los símbolos socialistas y nacionales” (*Ibid.*, 313). Es sorprendente lo generalizada que estaba la idea de que el atraso de la cultura política de las masas peruanas obligaba a privilegiar contenidos antes que designaciones. Para todos, se trataba en cierto modo de ser socialistas en los hechos antes que en las declaraciones.

iniciada por Haya y de la fuerte presión de la Internacional, que desde 1927 utiliza todos los medios a su alcance para comprometer a los “comunistas aislados que están de acuerdo con el programa y la táctica de la IC” en la “iniciativa de constituir un partido comunista peruano”, Mariátegui intenta desplegar el proyecto de un tipo nuevo de organización, no populista, pero sí popular, que colocada en la perspectiva ideal y política de la clase obrera, fuera capaz de aglutinar a su alrededor a un vasto movimiento de masas, movilizado política y nacionalmente en torno a un definido propósito de transformación revolucionaria. Este proyecto nunca estuvo claramente explicitado, aunque existan una serie de documentos (acta de constitución del Partido socialista, programa y estatuto, declaraciones públicas y cartas y testimonios privados) que parecieran demostrar lo contrario. Y que el proyecto no era claro, sino por el contrario, profundamente ambiguo desde la perspectiva de cómo la Internacional comunista concebía a un organismo de clase, “consecuentemente” revolucionario y socialista, lo demuestra la firme oposición que sostuvo frente a él en la conferencia de 1929. La discusión que la delegación peruana debió sostener con el resto de los delegados latinoamericanos y en particular con los dirigentes de la IC, demuestra fehacientemente que la confrontación no versaba sobre aspectos formales, sino sobre una amplia gama de problemas referidos a problemas teóricos, ideológicos, políticos y organizativos esenciales como eran los del análisis del imperialismo y sus efectos sobre la realidad peruana, la cuestión indígena y el problema nacional, el tipo de instituciones de masas a constituir, el carácter del partido, su composición social, sus funciones específicas, el modo de constitución de su núcleo dirigente y de sus relaciones con las organizaciones de base y con las masas. Es en torno a este tema del partido donde la discusión sube de tono, no obstante el papel morigerador desempeñado por Jules Humbert Droz, el representante del Comité ejecutivo de la IC y hasta poco tiempo después encargado del Secretariado latino.

El tema esencial del debate es el del partido; la crítica que dirige la IC a la delegación peruana es la de que al negarse a formar un verdadero partido comunista, intentando suplir esa tarea por la de una formación de corte interclasista, muestran estar todavía prisioneros del esquema del Apra¹⁴; sin tener una clara noción de ello, los comunistas peruanos daban lugar a una experiencia destinada irremisiblemente a fracasar al sembrar la confusión entre las masas e impedir la “formación de un auténtico partido comunista”. Es por esto que la lucha de la Comintern contra el Partido Socialista debe ser analizada como un aspecto más de su lucha contra el Apra y contra todo tipo de formación política que no importa cual fuera la modalidad de nacionalismo revolucionario o popular que adoptase se colocara

14 “Temo que bajo una nueva forma y con una nueva etiqueta tendremos en Perú una nueva edición del Apra”, advertía Jules Humbert Droz (Luis) a los delegados peruanos.

objetivamente en un terreno de competencia con el Partido comunista por la conquista de las masas. Esta actitud de la IC se irá tornando cada vez más clara hasta alcanzar un grado inaudito de aislamiento y sectarismo político en el período de la Gran depresión, es decir, del llamado “tercer período” (1929–1934). Fue esta una etapa en la cual la IC establece una línea estratégica que, entre otras cosas, define a los sectores políticos intermedios y de la pequeña burguesía (socialdemócratas y socialistas de izquierda en Europa; apristas, batllistas, prestistas, irigoyenistas, de “izquierda” en América Latina) como los enemigos más peligrosos del proletariado y de la revolución socialista¹⁵.

Es importante recordar que esta política llamada de “clase contra clase”, venía a modificar una línea estratégica anterior caracterizada por una política más amplia de alianza con sectores burgueses, pequeñoburgueses e intelectuales, línea que, en América Latina, permitió abrirse paso a diversas tentativas de alianzas estratégicas con los movimientos nacionales–revolucionarios y a formas organizativas más adecuadas para la conquista de las masas obreras y campesinas. Partiendo del esquema del “bloque de las cuatro clases”, teorizado por Stalin para la situación china, pero generalizado luego a otros países “semicoloniales” (incluida América Latina), los comunistas se esforzaron por romper su aislamiento y por establecer alianzas con los movimientos nacionales revolucionarios. El mismo proceso de formación del Apra, la aproximación a la Internacional Comunista de organizaciones tales como el Partido Socialista del Ecuador y el Partido Socialista de Colombia (organizaciones más “populares” que de “clase”), la aproximación a Prestes, etc., constituyen ejemplos de una perspectiva estratégica que privilegiaba lo más válido de la propuesta del frente único antiimperialista. Es por esta época, y vinculada a la necesidad de buscar formas organizativas más adecuadas a las condiciones políticas locales, cuando emerge la problemática de los partidos obrero–campesinos sin duda estimulada por la apertura al mundo campesino que caracteriza a la nueva dirección bujarinista. Tratando de dar una base teórica y social a sus posiciones evolucionistas y a su concepción de la sociedad soviética, Bujarin comenzó a considerar a los campesinos de manera más positiva y

15 “Parte de los radicales en la Argentina se proclaman a sí mismos “radicales–bolcheviques”, tratando de salvar así al radicalismo, bastante comprometido ante las masas explotadas. Partes del batllismo, abiertamente fascistizado, del Uruguay, se denominan “avanzados”, “marxistas”, “simpatizantes del comunismo”, etc. Algunos sectores de la Alianza Liberal de Brasil, se declaran revolucionarios y utilizan todas las formas de adaptación a la creciente radicalización de las masas. Los apristas del Perú, reaccionarios por todo su contenido, se llaman a veces “comunistas tácticos nacionales”, etc., etc. Todas las agrupaciones feudal–burguesas opositoras utilizan al trotsquismo como bandera e ideología para combatir a la Unión Soviética, a los partidos comunistas, a la Internacional Comunista”. (Bureau Sudamericano de la Internacional comunista. “Las tareas de los partidos comunistas latinoamericanos en el frente ideológico” [Buenos Aires, marzo de 1932]).

menos ambigua que Lenin. De allí que concluyera afirmando el potencial revolucionario de los campesinos no solo en Rusia, donde apoyaban a una revolución proletaria, sino también a nivel mundial. En su opinión, era posible prever un periodo en el que la “campana mundial”, bajo la guía de los obreros, se habría de convertir en la “gran potencia liberadora de nuestros tiempos”, definición que, vista a la luz de los acontecimientos posteriores, mostró su aguda capacidad de anticipación¹⁶. Ecos de esta posición pueden aún encontrarse en su informe al VI Congreso de la Internacional Comunista, cuando era ya un derrotado político. La reconsideración del potencial revolucionario del mundo rural, en momentos que el campesinado sudeslavo mostraba su predisposición a sostener formaciones políticas que lo representaban como tal, y en que aparecían fenómenos como el de Kuomintang y del crecimiento de las ligas campesinas chinas, y en nuestro continente, de las mexicanas, retomaba ciertas ideas que habían comenzado a germinar en el Lenin de los últimos años. La detención en Europa de la expansividad propia de la Revolución de octubre, la perspectiva de un largo período de asedio del capitalismo y de lento avance de la revolución en el interior de Rusia, hizo volver los ojos de Lenin hacia ese mundo suficientemente conocido, al Oriente campesino y colonizado que entraba en el vórtice de los procesos sociales de transformación. El carácter autónomo de los movimientos de liberación nacional y su función antimperialista y anticapitalista fue intuido y claramente expuesto por Lenin en el III Congreso de la Internacional, cuando reafirmó el papel “activo e independiente” de tales movimientos. Pero esta intuición de Lenin, que lo indujo a admitir las posibilidades de existencia de movimientos auténticamente revolucionarios –aun fuera del campo de la hegemonía material de la clase obrera– o a reflexionar sobre la necesidad de “adecuar el partido comunista al nivel de los países campesinos del Oriente colonial”, fue sepultada por el peso cada vez mayor y opresivo de una tradición “obrerista”. La hipótesis leniniana encerraba “in nuce” el reconocimiento de que en las situaciones de tipo colonial o –semicolonial– las fuerzas capaces de encarar transformaciones revolucionarias de la sociedad constituyen siempre fuerzas diversas liberadas por el proceso de disgregación de la economía agrícola y revolucionarizadas por los extremos costos sociales de dicho proceso. En tales situaciones las funciones de vinculación entre el campesinado y la débil clase obrera, entre el estudiantado y la pequeña burguesía patriótica, dicho de otro modo, la constitución de un nuevo bloque social transformador de la sociedad, podía encontrar un punto de concreción en la formación de cuadros revolucionarios dirigentes provenientes en lo esencial de la intelectualidad urbana. Y es a este fenómeno al que nos referimos cuando

16 Cf. LEWIN, Moshe. *Economía e política nella società sovietica* (Roma: Editori Riuniti, 1977):51, que incluye la cita del artículo de Bujarin publicado en 1925.

hablamos de la emergencia en América Latina de un sector social al que designamos con el término ruso de “intelligentsia”.

Ya hice mención a ciertas particularidades latinoamericanas que explican el papel excepcional que han desempeñado históricamente los intelectuales. Pero creo que es conveniente aclarar que aún dentro de esa excepcionalidad reconocida, los fenómenos operados en las capas intelectuales latinoamericanas de los años veinte adquieren un relieve especial sin cuyo reconocimiento analítico resulta difícil entender cabalmente la dinámica real de las fuerzas que por esos años confrontaban propuestas de transformación social. En sociedades como las nuestras, tan difícilmente parangonables a las europeas, resulta comprensible que en ciertas condiciones las capas intelectuales se definan más en términos de su común actitud crítica frente al orden vigente, que por su extracción de clase o por categorías puramente profesionales. Frente a la ausencia de formas sociales definidas, no pudiendo apoyarse en una clase económica y social precisa, la intelectualidad aparece como suspendida en el vacío planeando por sobre el sentimiento de frustración que despiertan las autoritarias oligarquías nativas y la atracción ejercida por las interminables masas de “humillados y ofendidos”¹⁷. Es ese mismo aislamiento y la sensación de un carácter propio, de una “función” propia que debía ser llevada a cabo aun en contra del curso natural de los hechos, lo que tiende a constituirlos en una “clase” distinta caracterizada por una fuerte tensión moral, por una dedicación absoluta a la puesta en práctica de todas aquellas ideas que pudieran encaminar a los pueblos latinoamericanos a su regeneración material y moral. De ahí entonces que lo que caracterice a la “intelligentsia” sea el sentido misional de su compromiso con el pueblo y la ruptura radical o el apartamiento de los intereses de la propia clase, antes que su extracción de clase. No haber podido comprender esto, haber empeñado en un reduccionismo “obrerista”

17 La expresión “humillados y ofendidos” es de origen dostoiévskiana y está utilizada en el sentido en que la recupera Gramsci: “Esta expresión –‘los humildes’– es característica para comprender la actitud tradicional de los intelectuales hacia el pueblo y por tanto el significado de la ‘literatura para los humildes’. No se trata de la relación contenida en la expresión dostoiévskiana de ‘humillados y ofendidos’. En Dostoiévski es potente el sentimiento nacional–popular, es decir la conciencia de una misión de los intelectuales hacia el pueblo, que no obstante estar constituido ‘objetivamente’ por ‘humildes’, debe sin embargo ser liberado de esta ‘humildad’, transformado, regenerado” (GRAMSCI, Antonio. *Quaderni del carcere*, vol. III [Turín: Einaudi, 1975], 2112). Antes se refirió al mismo tema en una carta a su cuñada Tania del 7 de marzo de 1932: “Aquello que en las novelas de Dostoiévski es indicado con el término de ‘humillados y ofendidos’ es la gradación más vasta, la relación propia de una sociedad en que la presión estatal y social es de las más mecánicas y exteriores, en las que el contraste entre derecho estatal y derecho ‘natural’ (para usar esta expresión equívoca) es de las más profundas por la ausencia de una mediación como la que en Occidente ha sido ofrecida por los intelectuales dependientes del estado; Dostoiévski, por cierto, no mediaba el derecho estatal, puesto que él mismo era ‘humillado y ofendido’” (GRAMSCI, Antonio. *Lettere dal carcere* [Turín: Einaudi, 1956], 585).

frente a un sector social de tamaño importancia, fue uno de los límites más serios de la acción obrera y socialista de América Latina. Cuando la relación conflictiva entre ambas fuerzas sociales dejó de ser una acción paralela con momentos históricos de encuentro para transformarse en caminos antagonicos –tal como resultó del viraje estratégico de la Comintern en 1928– la búsqueda comunista de una propuesta hegemónica no era sino una pobre frase declaratoria. Tal como veremos más adelante es precisamente en torno a este tema que las diferencias entre Mariátegui y la Comintern se muestran más radicales.

Este fenómeno de intelectual alienado¹⁸, que en su forma más típica y más cargada de consecuencias sociales está vinculado a la experiencia de las luchas sociales de la Rusia de mediados y fines del siglo pasado, caracterizó también ciertos períodos de las clases ilustradas latinoamericanas. Y no solo en el pasado, porque quizá comportamientos semejantes, insatisfacciones y tormentos equivalentes, podríamos encontrarlos en toda la experiencia guerrillera latinoamericana de los años sesenta, aunque las estructuras sociales se hayan en parte modificado y sean menos amorfas que las que dieron lugar en el pasado a fenómenos similares.

En mi opinión es a un proceso de este tipo al que asiste la América Latina de los años veinte, y el significado último de ese gran movimiento de reforma intelectual y moral que fue la Reforma universitaria. La traslación a nuestra realidad de la canonización estaliniana del “bloque de las cuatro clases”, fundado en un estricto análisis de clase, debía dar como resultado una práctica política que obnubilada por la referencia obligada a la burguesía nacional y a sus prolongaciones en el tejido social, no confiaba en alianzas amplias y positivas con vastos estratos de la población. Como advierte Tutino, “es la siempre huidiza alternativa burguesa la que sustancialmente alimenta el sectarismo proletario, incapaz de hegemonizarla; a fuerza de

18 Alienado no en el sentido filosófico y complejo de la palabra, sino en aquel más pedestre y cotidiano al que se refiere precisamente el término ruso “otchuzhdenie” (“enajenación”) utilizado por Herzen para dar cuenta de ese sentimiento que surge como resultado de una “inquietud profunda, un malestar inexpresable”. El elemento común a todos los miembros de esta intelligentsia era un “sentimiento de profunda alienación hacia la Rusia oficial y el ambiente que la circunda, y al mismo tiempo el deseo de escapar de ella y, en algunos, hasta el impulso de liberar al ambiente mismo” (HERZEN, Alexandr. *Il passato e i pensieri* [Milán: Feltrinelli, 1961], 411). Según el estudioso M. Confino, las actitudes que parecieran caracterizar la intelligentsia rusa son: “1) la profunda solicitud por los problemas de interés público: sociales, económicos, culturales y políticos; 2) un sentido de culpa y de responsabilidad personal por el estado y la solución de estos problemas; 3) la propensión a considerar las cuestiones políticas y sociales a la luz de problemas morales; 4) el sentirse en el deber de buscar las conclusiones lógicas definitivas –en el pensamiento como en la vida– a cualquier costo; 5) la convicción de que las cosas no son como deberían ser y que es preciso hacer algo” (CONFINO, Michael “On Intellectual and Intellectual Traditions in Eighteenth and Nineteenth–Century Russia” en *Daedalus* [1972]: 118). Sobre este tema véase la exhaustiva reseña crítica de DI SIMPLICIO, Daša e Oscar. “Sulle origini dell’ intelligencija russa” en *Studi Storici*, año 20, No. 2 (1979): 339–372.

impotentes y desesperados esfuerzos, la idea de hegemonía se convierte en una especie de exorcismo: la política del proletariado se transforma en una abstracción metafísica y el propio partido del proletariado se encamina hacia un inmerecido descrédito”¹⁹.

Y aquí precisamente residía el límite insuperable de la política de la III Internacional y de los comunistas en general. La inconsistencia, o mejor dicho, la contradictoriedad interna de esta política residía en que al tiempo que instaba a los comunistas a apoyar los movimientos nacionales revolucionarios que se enfrentaban con el imperialismo, pretendía que se comprometiesen a crear partidos comunistas de composición esencialmente proletaria, porque solo en esto residía la garantía de conquista de la dirección de las fuerzas antimperialistas, lo cual a su vez era condición ineludible de su victoria. En la medida en que el proletariado en la sociedad colonial era una clase demasiado incipiente –como recordaron con tanta justeza los delegados peruanos en la conferencia de 1929– la formación de partidos comunistas del tipo de los europeos se tornaba irrealizable y a veces –por no decir la mayoría de las veces– producía directamente resultados negativos. De hecho, los partidos constituidos en los países coloniales (o dependientes) estaban compuestos fundamentalmente por estudiantes e intelectuales, junto a pequeños núcleos obreros. Y los cuadros dirigentes eran casi siempre intelectuales. Sin embargo, la Internacional consideraba que este predominio intelectual constituía la principal debilidad de los partidos comunistas y su mayor preocupación fue la de “proletarizarlos”. En las condiciones concretas de América Latina, la “proletarización” de los partidos –categoría equivalente a lo que se llamó su “bolchevización”– solo podía conducir a una consolidación del sectarismo característico de su trabajo inicial cuando el sueño de la inmediata revolución mundial los iluminaba. Lo cual debía concluir lógicamente en una exasperación de los contrastes y en una imposibilidad real de establecer alianzas de vasto alcance, “estratégicas” por así decirlo, con organizaciones y con movimientos políticos de la pequeña burguesía revolucionaria. La política de formación de frentes únicos antiimperialistas tendería por tanto a encontrar un límite insuperable allí precisamente donde los comunistas creían encontrar las condiciones imprescindibles para su realización: en el propio partido comunista. Cuanto más flexibilidad táctica para una política de apertura y de alianzas hacia los movimientos nacionales se reclamaba, más sectariamente se insistía en la necesidad de preservar la pureza de la doctrina y del aparato del partido de las impurezas que esta táctica conllevaba. Esta contradicción solo podía ser resuelta privilegiando uno u otro de los términos; se modificaba en el sentido de la intuición de Lenin la

19 TUTINO, Saverio. *L'Octobre Cubano* (Turín: Einaudi, 1968), 81.

concepción misma del partido, o insistiendo sobre su condición de partido “de clase” se invalidaba el sentido real de la política del “frente único”.

El fracaso de la revolución china y la consiguiente ruptura entre nacionalistas y comunistas, hecho que acompañaba una serie de cambios operados en el interior de la Unión Soviética y que condujeron a la liquidación de la NEP y de la corriente bujarinista, dio como resultado el viraje estratégico signado por el VI Congreso de la Internacional (1928) y la invalidación de hecho de la política del “frente único antimperialista”²⁰.

Sería arriesgado afirmar que Mariátegui conoció a fondo todo este proceso; no disponemos de pruebas documentales o testimoniales que permitan sostener que siguió los entretelones de este debate, excepto el hecho de que recibía *La Correspondencia Sudamericana* –publicación quincenal del Buró Sudamericano de la IC– y probablemente la edición francesa de una de las publicaciones oficiales, *La Correspondance Internationale*. Pero para un hombre que nunca fue ni quiso ser un “cuadro” de la Comintern, que no se formó en la tradición histórica de dicha organización, ni de hecho compartió su patrimonio ideal y sus pautas políticas y organizacionales, no habría de resultarle fácil penetrar en la complejidad de una controversia que se remontaba a los inicios mismos del bolchevismo en cuanto que corriente interna del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Lo que me

20 El papel decisivo que desempeñó el fracaso de la revolución china en la modificación de la estrategia de la Internacional para los países dependientes y coloniales es reconocido indirectamente por Jules Humbert Droz en el siguiente párrafo de una de sus intervenciones en la conferencia de 1929: “Ha habido en América Latina otras tentativas además de la del Partido Socialista propuesto por Mariátegui para solucionar el problema de la ligazón de las masas. Fue el Apra en el Perú, que tendía a convertirse en el partido revolucionario de tres clases: pequeña burguesía, proletariado y campesinado, y que quería desempeñar en América Latina el papel del Kuomintang en China. Y es también la idea emitida por nuestro partido brasileño, en el momento en que las tropas chinas del sur marchaban sobre Shangai, de crear en el Brasil un Kuomintang en el que entrarían el Partido Comunista con los liberales revolucionarios. La experiencia del Kuomintang chino ha convencido a nuestros camaradas del Perú y del Brasil de la necesidad de tener un partido del proletariado para hacer la revolución y no un partido de tres o cuatro clases donde en realidad dominan los pequeños burgueses, que impiden el desarrollo de la revolución agraria y el movimiento revolucionario del proletariado, al que traicionaron en el momento decisivo de la lucha revolucionaria”. (Secretariado Sud Americano de la Internacional comunista. *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio de 1929*, [Buenos Aires: La Correspondencia Sudamericana 1929], 102). Es claro que Humbert Droz no recuerda que la entrada del Partido Comunista de China al Kuomintang obedeció a una exigencia concreta de la IC, la cual solo logró imponerse merced a la modificación del núcleo dirigente de los comunistas chinos. Además, no aclara cómo estas que crítica pudieron aflorar entre peruanos, brasileños y otros comunistas latinoamericanos sin que de algún modo existiera el consenso previo de la Comintern. En el caso del Perú, es evidente que la dirección de la Internacional, o por lo menos ciertos dirigentes conspicuos de ella, veían con profunda simpatía la actividad de Haya de la Torre, al que un hombre de la importancia de Losovski consideraba todavía como “compañero peruano” meses después del enfrentamiento producido en el Congreso Antiimperialista de Bruselas, de febrero de 1927.

interesa señalar es que las preocupaciones de Mariátegui están instaladas en la contradicción antes apuntada entre política amplia de frente y concepción sectaria del partido, que caracteriza una etapa determinada de la vida de la Internacional y a la que la estrategia de “clase contra clase” viene a resolver en sentido negativo. En tal sentido, se podría afirmar, con todos los riesgos que esta posición conlleva, que la propuesta mariateguiana de formación del Partido Socialista del Perú está en una línea de continuidad con ciertos aspectos de esa línea anterior de la Comintern a la que esta misma habrá de calificar luego como “desviacionismo de derecha”. Lo que creo encontrar en Mariátegui es una tentativa de resolver la contradicción manteniendo todas las virtualidades unitarias del frente único y modificando la concepción de la Internacional sobre las características definitorias de la organización política que las condiciones del Perú requerían para llevar a cabo la propuesta frentista. Existiría por tanto un cierto paralelismo de las actitudes, que en el caso de Mariátegui no podemos deducir de la propia historia de la Internacional y que requiere, en consecuencia, un análisis más detenido de su itinerario intelectual y político. La vía crucis de su posición residió en que el punto de encuentro del nuevo proyecto a articular con ciertas tendencias implícitas de la estrategia y de la táctica de la IC se produce cuando esta ha modificado radicalmente su política. De allí que se tornara inevitable un enfrentamiento cada vez más violento entre Mariátegui y la Internacional, enfrentamiento que, en la medida que el peruano defendió su punto de vista hasta su muerte, explica la virulencia con que la Internacional siguió criticando su herencia teórica y política mucho tiempo después de su desaparición²¹.

IV

¿Cómo podríamos sintetizar las críticas hechas por la Internacional comunista al proyecto mariateguiano a través de voceros tan representativos como Jules Humbert Droz, el camarada Peters –seudónimo detrás del cual se ocultaba uno de los dirigentes rusos de la Internacional Juvenil Comunista– y Victorio Codovilla, del Secretariado Sudamericano de la Comintern? La

21 En el sentido de nuestro planteamiento, hay que recordar que Mariátegui se mantuvo adherido a ciertas categorías estratégicas o formulaciones de la Comintern elaboradas en el período del V al VI Congreso (1924–1928), por ejemplo, la de “estabilización relativa del capitalismo”. El hecho de que hasta sus últimos escritos siguió pensando en el sistema capitalista mundial en términos de su estabilidad y de que no participara de la creencia de una inminente y hasta inevitable guerra de las potencias capitalistas contra la Unión Soviética hecho este último del cual la Comintern extraía importantes conclusiones políticas y estratégicas, es un claro indicio del paralelismo desfasado en el tiempo que creemos encontrar entre las reflexiones de Mariátegui y las propuestas de la IC.

discusión versó sobre un conjunto tan amplio de problemas que resulta imposible abarcarlos en los límites naturales de una ponencia ya de por sí excesivamente extensa. Solo abordaré aquellos puntos referidos más estrictamente al tema Partido Socialista, que de todas maneras constituye el eje en torno al cual se desplegó la reiterada crítica de la IC a la totalidad de las posiciones sustentadas por la delegación peruana²².

La caracterización que de tal partido hacía la Internacional, basándose en las conversaciones mantenidas previamente y en la intervención de Julio Portocarrero (Zamora) que incluía el texto mariateguiano “Punto de vista antimperialista”, era la siguiente: una organización no bolchevique, que dispone de un programa máximo y mínimo y que se concibe a sí misma como un partido amplio, “justamente para impedir que los reformistas tomaran la iniciativa de su creación e hicieran de él un partido de oposición burguesa en una situación política caracterizada por signos evidentes del derrumbe de Leguía con la consiguiente perspectiva de “grandes acontecimientos revolucionarios”. Dicho partido socialista estaría constituido por varias capas sociales: proletariado, artesanado, campesinado, pequeña burguesía e intelectuales, adaptando ciertas pautas programáticas y políticas para poder actuar en un terreno de legalidad frente al Estado. A partir de esta caracterización más o menos correcta de las posiciones mariateguianas, la Internacional introducía las siguientes críticas:

1. La presencia de una total contradicción entre la declaración de propósitos expuesta en una nota enviada a la Internacional tiempo antes, en la que se afirmaba el reconocimiento de la ideología del marxismo y del leninismo militante y revolucionario, “doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económicosocial” (p. 421), y la decisión de formar un partido reformista y no bolchevique.
2. La negativa a reconocer que la creación de un verdadero partido comunista ideológicamente monolítico “es la *condición previa* de todo trabajo revolucionario serio” (p. 425).
3. La idea de que la presencia en el interior de un partido socialista amplio y reformista de un núcleo comunista disciplinado ideológica y políticamente, no podía constituir garantía alguna de acción verdaderamente revolucionaria, como lo demostraban algunas experiencias latinoamericanas (vg. el Partido Socialista del Ecuador) (p. 424).

22 En adelante, las citas de las intervenciones en la Conferencia de 1929 son tomadas del tomo II de la obra de Ricardo Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, antes citada.

4. La necesidad de establecer una profunda vinculación con las masas, objetivo correcto que motiva las formas particulares de acción política intentada por los peruanos, presupone necesariamente la formación de un partido comunista y de una "serie de organizaciones paralelas *del* partido en que se pueden reunir las masas" (p.427). ¿Cuáles eran esas organizaciones paralelas del partido? Codovilla las detallaba así: "Los bloques de obreros y campesinos pueden constituir organismos de frente único y de alianza de las diversas capas sociales interesadas en la lucha contra el imperialismo, pero esos mismos bloques deben estar constituidos por adhesiones colectivas, de manera que sean organismos de frente único *y no se transformen en partidos de varias capas sociales*. Las Ligas campesinas, las Ligas antiimperialistas, el Socorro rojo internacional, los Amigos de Rusia, etc., deben ser las diversas agrupaciones de masas, en cuyo seno podrían actuar, conjuntamente con las masas laboriosas, *los elementos antiimperialistas que no pueden actuar en el partido del proletariado*. Pero para que esas mismas organizaciones de masas tengan una línea política revolucionaria, se presupone la existencia de un partido comunista ilegal, que dé la línea para toda su labor" (subrayado por mí, pp. 430-431). De este modo, y adaptando las formas propias de institucionalidad del movimiento de masas a los moldes ya preparados previamente por la Internacional se lograba controlar todo el movimiento sin correr "el riesgo de trabajar en provecho de nuestros enemigos", enemigos que no podían menos que ser todos aquellos que cuestionaran este tipo de estructuración de la multiplicidad de requerimientos y de tendencias propias de las masas populares.
5. Que el proyecto de organizar a un partido compuesto por tres clases: proletariado, campesinos y algunas capas de la pequeña burguesía, al introducir en el interior del partido las contradicciones propias de esa diversidad social, acabaría por aniquilar "la voluntad de nuestros compañeros de mantener su carácter clasista" (p. 429). Los elementos liberales burgueses y los intelectuales tomarían la dirección de ese partido, lo transformarían en un organismo de "oposición legal" al gobierno y utilizarían la influencia adquirida entre las masas del partido para desviarlas del camino de la revolución. El hecho de que los delegados peruanos a la conferencia se mostraran "dispuestos a hacer algunas concesiones a nuestro punto de vista", eliminando a la pequeña burguesía como sector social constitutivo en parte de la nueva organización, "no cambia la composición social del

partido y el error político persiste”, afirma Codovilla (p.428). Lo cual permite deducir que, según el criterio de la Internacional, la incorrecta composición social del partido se mantenía por la presencia en él del campesinado y de los intelectuales.

Por una parte, la IC mantiene una caracterización profundamente negativa de la pequeña burguesía, a la que se niega cualquier tipo de capacidad de comprensión de la lucha de clases del proletariado y a la que sus intereses sociales la conducen inexorablemente a la traición o la defección cuando la revolución comienza a abrirse paso. Por el otro lado se cuestiona la posibilidad de existencia de una potencialidad revolucionaria propia de la masa campesina, excluyendo *per sé* la perspectiva de un bloque social en el que el campesinado pudiera desempeñar el papel de fuerza revolucionaria inmediata. La idea del bloque obrero-campesino, aunque formalmente se mantiene, encubre en realidad una concepción simplemente manipuladora de la dirección de las ligas campesinas por el partido comunista. Excluida la pequeña burguesía y negada la autonomía del mundo rural, la crítica central contra el proyecto mariateguiano debía apuntar a su aspecto más peligroso, a su propósito de incorporar a los intelectuales. “El solo hecho de querer atraer a los intelectuales –dice Humbert Droz– demuestra que el Partido Socialista tendría una base y una composición social distintas a la de un verdadero partido comunista. Hay que tener en cuenta otra posibilidad: es posible que durante algún tiempo, los pequeñoburgueses y los intelectuales, sean disciplinados; pero en el momento decisivo, traicionarán, como ha pasado siempre y es preciso precavernos de ese peligro” (p. 432). La actitud de los dirigentes de la Internacional reflejaba el estereotipo del intelectual como “traidor”, o por lo menos siempre proclive a la traición, característico de la visión sectaria y obrerista de los movimientos obreros de la época y en particular de los comunistas. (El esquemático desprecio por los intelectuales y por los grupos estudiantiles más avanzados, agudizado al máximo en la etapa del llamado “tercer período” (1928-1933) se manifestó en el relegamiento cada vez mayor a que se sometió a los intelectuales de los puestos dirigentes partidarios. Un prejuicio celosamente sostenido por la Internacional exigía, por ejemplo, que el puesto de secretario general del partido fuese ocupado por obreros, aunque ellos no estuvieran en condiciones de desempeñar efectivamente tal función). El rechazo de la virtualidad revolucionaria del estrato intelectual rebelde y patriota, por lo general de extracción pequeñoburguesa, vinculado a la tradición nacional y popular, en las condiciones latinoamericanas no podía dejar de implicar el mantenimiento de ciertas características económico-corporativas de una clase tan débil y tan pobre en elementos organizativos, una clase que, como recordaba Gramsci en un trabajo dedicado entre otras cosas a combatir la concepción sectaria de los comunistas italianos, “no tiene ni puede

formarse un estrato propio de los intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente, y solo después de la conquista del poder estatal”²³.

El rechazo de la predilección por la acción directa y por el gesto heroico, del romanticismo “libertario” y del individualismo que caracterizaban el estilo de pensamiento y de acción de los movimientos antiimperialistas latinoamericanos y de sus militantes, tratando de contraponerlos a las virtudes de la rígida disciplina anónima y de un cierto economicismo del “estilo obrero”, que solo existía en las representaciones de los comunistas, concluyó en un desconocimiento gravoso de su insuprimible función en la sociedad. Separados del mundo intelectual, los partidos comunistas se vedaron a sí mismos la conquista de un estrato social sin el cual la tarea de hacer del proletariado o de la fuerza social que representa su perspectiva la fuerza ideológica y política *hegemónica* de la sociedad se convierte en un imposible. Excluyéndolos, transformándolos en el típico caso de “elementos antiimperialistas que no pueden actuar en el partido del proletariado” – como afirmó Codovilla, quien era, en última instancia, un intelectual–, facilitó el traspaso no molecular, sino orgánico de las capas intelectuales a las experiencias políticas de corte nacional–antimperialista y populista que tiñen la vida de nuestro continente desde la década del treinta en adelante.

“Al sobrevalorar la importancia de los factores espirituales” en la caracterización del comportamiento político de las clases sociales, según la acusación que les dirige González Alberdi (p. 477), la perspectiva política en que intentaban colocarse los peruanos desplazaba el reduccionismo de clase fundante del análisis de la Internacional, para tratar de encontrar en la psicología política, o más bien, en la tradición nacional, en la historia nacional, las características esenciales de las fuerzas sociales del Perú. El hecho de que en el caso peruano la aristocracia y la burguesía criollas no se sintieran solidarias con el pueblo por el lazo de una historia y una cultura comunes desempeñaba un papel fundamental en todo el razonamiento de Mariátegui y en su manera *distinta* de abordar el problema de la historia y de la cultura nacional, y por lo tanto de los intelectuales.

1. Finalmente, una crítica más que hacía la Internacional a las posiciones peruanas era la creencia de que un programa máximo y mínimo que contuviera implícitamente una propuesta socialista, pero implementado por un partido no bolchevique, y “en una palabra, con todas las características de un partido socialdemócrata” (p. 430), habría permitido que el proletariado diera un gran paso hacia su evolución y educación política, aunque como fruto de la propia dinámica política dicho partido

23 GRAMSCL, Antonio. “Algunos temas sobre la cuestión meridional”, en Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci* (México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1977), 326.

escapara al control de los comunistas. Para la Internacional esto constituía un craso error, porque al proletariado solo puede educárselo si se le demuestra “que toda nuestra acción, por pequeña que sea, tiende siempre a un solo fin: a la revolución. Para eso no se precisan ni programas máximos ni mínimos; basta el programa comunista que es el de la revolución social”. “Hay que hacer comprender –dice Codovilla– a las masas que el único partido capaz de dirigir las a la revolución y al triunfo es el Partido comunista, que debe estar formado por una sola clase: el proletariado rural y urbano, única fuerza social capaz de realizar la revolución” (p. 430). Aunque los peruanos, sin duda presionados por el clima adverso predominante en la conferencia, cambian el programa aprobado en 1928, y lo sustituyen por el preparado por la célula de París dirigida por Eudocio Ravines, la Internacional le critica sobre todo la propuesta “reformista” de municipios obreros y campesinos y la ausencia de una propuesta de gobierno obrero–campesino como exigencia de poder. Si recordamos que desde varios años antes la consigna del gobierno obrero–campesino era el principio vertebrador de la estrategia y de la táctica de la Comintern, su ausencia en el programa peruano no podía deberse a ningún olvido sino al soslayamiento de hecho de la temática del poder, quizás por considerarla fuera o más allá de los objetivos posibles. En tal sentido, y coherentemente con esto, la propuesta de las municipalidades obreras y campesinas estaba mostrando la presencia de un campo de acción conquistable en las condiciones nuevas creadas por la prevista caída de Leguía.

Estas son las principales críticas que en la conferencia se le hicieron a la delegación peruana en lo referente a las características de la organización política. Aunque esta defendió con perseverancia sus posiciones, no siempre, o quizás muy pocas veces, lo hizo con una argumentación plenamente coherente con el sentido de la hipótesis mariáteguiana. El tono que adoptó fue defensivo, tratando de encontrar argumentos en su favor dentro de la propia lógica del discurso de la IC. Todo lo cual plantea un nudo de problemas de difícil de desentrañar porque la muerte de Mariátegui implicó también el fracaso de su propuesta, y por tanto el no desplegamiento de sus propuestas, aunque ese fracaso estuvo inscrito en los hechos aun antes de la desaparición de aquél. Solo podemos aventurar algunas afirmaciones a modo de pistas para indagaciones posteriores. Es posible que los peruanos hayan adecuado sus posiciones al clima imperante en la conferencia, tratando de disminuir al máximo las zonas de fricciones con la Internacional, sin embargo la tozudez con que se mantuvieron en sus posturas nos permite pensar más en el profundo respeto que tenían por Mariátegui que en un conocimiento

plenamente cabal de los elementos fundantes de sus elaboraciones; elaboraciones que, por otra parte, estaban en ese periodo de investigación en que aun no están definidos claramente sus conceptos. La necesidad de diferenciarse del Apra y de mantenerse en el terreno la Comintern, pero manteniendo al mismo tiempo su plena solidaridad con las propuestas de Mariátegui, propuestas que eran aceptadas antes que, probablemente, del todo compartidas, son factores lo suficientemente consistentes como para explicar el comportamiento “defensivo” del grupo peruano. Otro elemento a tener en cuenta es la aproximación cada vez mayor a las posiciones de la IC que se estaba operando en algunos miembros del grupo mariateguista, como Ravines, y el propio Portocarrero. “Ya hemos batallado en Moscú con el compañero Zamora acerca del rol del Apra, pero una vez que se hubo convencido, defendió el punto de vista de la Internacional comunista, frente a los demás compañeros” (dice Humbert Droz, *Op. cit.*, p. 431). Por último, el desaliento que lógicamente debía suscitar entre el grupo peruano el saber hasta dónde el proyecto concitaba la oposición de la Internacional, hecho que sumado al jaqueo persistente del Apra, a las difíciles condiciones políticas imperantes en el Perú y a la debilidad del movimiento social en proceso de vertebración, mostraba las elevadas probabilidades de fracaso que él conllevaba. Y señalamos esto último porque hay fuertes razones para pensar que ese desaliento embargó también a Mariátegui, quien significativamente proyectó abandonar el Perú para proseguir su labor intelectual en el clima cultural y político más favorable de Buenos Aires, en vísperas de acontecimientos que la Internacional y los propios peruanos se empeñaron en concebir como “revolucionarios” y de los que él, muy probablemente, descreyó²⁴.

V

Hemos visto de manera sucinta las críticas que la Comintern dirigía contra el proyecto de Mariátegui. Pero si tales críticas abarcaban un campo de problemas más amplio que el de las declaraciones programáticas del nuevo partido, lo cual presupone la inevitable presencia de zonas de sombras

24 En tal sentido me parece totalmente acertado el juicio de Basadre: “Ahora bien, lo que no está claro es si, con su viaje proyectado a Buenos Aires, quiso acentuar sus actividades de escritor sobre las de organizador político y social. Al intentar pasar de aquellas a estas, había sido rudamente golpeado por las consignas internacionales de entonces, por los intereses, los planes y los esfuerzos de otros hombres más poderosos que él” (BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*, t. XIII [Lima: Editorial Universitaria, 1970], 354). Las cartas a Glusberg de esa etapa confirman que quienes preparaban en Buenos Aires su instalación eran los intelectuales argentinos a los que desde años atrás estaba vinculado y no precisamente el Partido Comunista.

solo posibles de iluminar mediante la incorporación de una documentación considerablemente más rica de la que actualmente disponemos –vg. los archivos del Partido Comunista del Perú aún no abiertos a los investigadores en el caso altamente improbable de que hubieran sido devueltos por los soviéticos–, ¿cómo podemos reconstruir de una manera aproximada dicho proyecto? ¿Hasta qué punto las críticas que se le dirigían eran correctas o no? ¿En qué medida los documentos elaborados por Mariátegui, en especial el acta de constitución del PS, la declaración programática y los estatutos, etc., expresan realmente y de manera cabal su pensamiento, o son solamente documentos “diplomáticos”, es decir mediados por la necesidad de la diferenciación con el Apra y del reconocimiento de la Comintern? Y, a su vez, ¿hasta dónde ese pensamiento era tan claro como para fundar teóricamente una “autonomía” que nosotros solo podemos deducir de sus resistencias? ¿Qué relación de retroalimentación es posible establecer entre este costado “político” de su reflexión, donde el énfasis está puesto cada vez más, desde 1928 en adelante, en el reconocimiento de la primordialidad leninista como fundante de la nueva organización, y el costado más genéricamente “cultural”, en el que sigue reivindicando hasta el final la excepcional importancia de filones ideológicos absolutamente exteriores –y antipódicos– a la tradición de la III Internacional? A pesar de la considerable cantidad de material escrito sobre el tema debemos reconocer que se han dado muy pocos pasos más allá de lo ya dicho por Martínez de la Torre en sus *Apuntes*. Es posible que uno de los caminos de salida del impasse interpretativo –hasta tanto no se produzca una ampliación considerable de la documentación existente, de la que no habría que excluir el hallazgo del original extraviado– resida en colocarse fuera del marco referencial de la Comintern, y por tanto del “marxismo-leninismo”, para analizar desde el itinerario ideológico y político del propio Mariátegui, desde la “continuidad” de su pensamiento, todo el proceso que desemboca en la formación del partido socialista. De ese modo se torna explicable, en los mismos términos de “su” marxismo, de “su” leninismo, “su” pertinaz resistencia a adoptar las modalidades teóricas, estratégicas, políticas y organizativas de la Internacional Comunista; su “opacamiento” luego de la crisis que indudablemente debe haber afectado a la novel organización con los resultados de la Conferencia de 1929 y su decisión final de privilegiar su actividad de educador y de formador de una nueva cultura política al resolver trasladar *Amauta* a Buenos Aires.

Cuando enfatizo la necesidad de instalarnos en la continuidad de su pensamiento, no pretendo negar la existencia en él de mutaciones, de “saltos” producidos a consecuencia del enorme campo de intereses intelectuales en que se desplegaba su actividad teórica y política. Simplemente me instalo en un lugar desde el cual pueden evidenciarse con mayor claridad ciertas constantes de su pensamiento y explicarse con mayor rigor las *formas concretas*

que adoptó en Mariátegui la recomposición teórica y política de tanta diversidad de fuentes. Colocándonos en esta perspectiva su “heterodoxia” constituye una virtud, y no una limitación, sus “ismos” los instrumentos conceptuales de mediación para poder inteligir la morfología que adoptaba en Perú el proceso de organización de las masas populares. La heterodoxia de las posiciones de Mariátegui con respecto al problema agrario por ejemplo, aunque están pensadas por un hombre de débil formación marxista, que ignoraba elementos importantes del leninismo, poderosamente influido por concepciones sorelianas, o crocianas, o nietszchianas –y la lista podría ampliarse bastante– son incuestionablemente socialistas y revolucionarias, y en cuanto tal aproximables al marxismo. Si el problema deja de ser considerado desde el punto de vista burdamente idealista de la adecuación de la realidad a un esquema preestablecido de propuestas rígidas –como hacían los comunistas– para considerarlo desde el punto de vista de las condiciones en que en Perú podía formarse y desarrollarse una voluntad colectiva nacional y popular, Mariátegui nunca aparecería más marxista que cuando se funda en el carácter peculiar de la sociedad peruana para establecer una acción teórica y política transformadora. No podemos criticarle entonces que en su actitud frente al movimiento indigenista, y más en general frente al proceso de confluencia de la intelectualidad radicalizada y de las masas populares peruanas, Mariátegui se valga de la teoría soreliana del mito para tratar de encontrar en esta las categorías con que pensar las condiciones de su expansión. Lo que debemos preguntarnos, más bien, es qué ausencias había en el marxismo de la III Internacional para que dicho problema solo pudiera ser dilucidado apelando a Sorel y no a Marx. Si en todas estas elaboraciones de Mariátegui podemos encontrar el eco de las mismas preocupaciones que condujeron a Gramsci a formular categorías claves de su teoría de la hegemonía como la de “bloque histórico”, y si es fácilmente individualizable el origen soreliano de esta última, la pregunta de por qué Sorel y no Marx solo puede ser respondida si eludimos el razonamiento tramposo de las “influencias” para dilatar hacia la propia teoría el campo de dilucidación.

Es evidente que la temática de la alianza de la clase obrera con el campesinado es de estricta raigambre leninista²⁵, y constituye el campesinado el presupuesto de una acción revolucionaria socialista en todos aquellos

25 En el coloquio de Culiacán, mi amigo Robert Paris objetó, con toda razón, la exactitud histórica de esta formulación. La temática de la formación de un bloque social basado en la confluencia de la clase obrera con el campesinado estaba instalada en el movimiento social ruso aun antes del propio Lenin, quien es más bien uno de sus propugnadores antes que su creador. Y no solo en el mundo obrero e intelectual, sino fundamentalmente en un partido que, como el socialista revolucionario, expresaba los intereses del campesinado radicalizado. Sin embargo, sin desconocer la importancia historiográfica y política de esta observación, que modifica profundamente una interpretación ya consolidada, hay que reconocer también que esta temática penetra en las luchas sociales del mundo no

países donde la presencia del campesinado es relevante. Nadie puede dudar de que este es el caso concreto del Perú. Pero para transformar esta categoría política en una realidad política, era necesario dilucidar las formas concretas que en Perú asumía o podía asumir el proceso de confluencia de un proletariado apenas en formación y un campesinado fundamentalmente indígena, hecho que, como es obvio, impedía cualquier tipo de traslación mecánica del plano categorial al plano político. La Internacional Comunista instó a los socialistas peruanos a resolver este problema de la misma manera que intentaban resolverlo los demás partidos comunistas. La constitución del Partido Comunista y el encuadramiento de las masas campesinas en el interior de las instituciones creadas desde fuera de esas masas. En Mariátegui, en cambio, la resolución de ese problema exigió una reconstrucción histórica de la sociedad peruana. El formalismo característico del pensamiento de la Comintern –por lo menos en el periodo que estamos considerando– no necesitaba de la historia para aplicar sus fórmulas universales. Y es por eso que resulta vano buscar en las casi 400 páginas de las actas de la Conferencia de 1929 cualquier tipo de recurrencia a la historia nacional de cada pueblo para fundar propuestas políticas. Excepto, claro está, el esfuerzo excepcional, único, de los delegados peruanos. Resulta también tarea vana buscar en las publicaciones oficiales u oficiosas de la Internacional algún eco de la publicación de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Para la Internacional Comunista, Perú, América Latina y todo el mundo colonial o semicolonial eran idénticos. “Para ‘justificar’ la creación de ese partido [socialista] –dice Codovilla– los compañeros llaman a reflexión al Secretariado sobre las condiciones ambientes y diríamos –para utilizar una expresión ya clásica– sobre la ‘realidad peruana’. Indiscutiblemente, toda táctica debe ser adaptada a las condiciones peculiares de cada país, ¿pero es que las condiciones del Perú se diferencian fundamentalmente de las del resto de los países de América Latina? ¡Absolutamente no! Se trata de un país semicolonial como los otros”²⁶.

Al desprecio por el reconocimiento del campo nacional que caracterizó a la Internacional, y que explica su negativa a reconocer como campo político de indagación la historia nacional de cada pueblo²⁷, Mariátegui contrapuso una búsqueda obsesiva en el pasado histórico del Perú de los

ruso vinculada a la propuesta leninista, y como parte inescindible y determinante de sus contenidos esenciales.

26 Cf. MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. *Apuntes...*, 428.

27 Recordemos que en la Conferencia de 1929 se cuestionó la propia existencia del Perú como nación, o como nación en formación al afirmar un vocero de la Internacional que sus fronteras como tales constituían algo puramente artificial, juicio que era extendido indiscriminadamente al resto de los países latinoamericanos. Sobre este tema en particular, lamentablemente no he podido utilizar para mi trabajo dos contribuciones de fundamental importancia presentadas en el Coloquio de Culiacán: Oscar Terán, *Latinoamérica: naciones y marxismos* y Carlos Franco: “De la nación al partido”.

elementos de su regeneración nacional, de su peruanización. De allí que pudiera arribar a la conclusión de que la consigna leninista de la alianza obrero-campesina en las condiciones concretas del Perú asumía la forma históricamente particular de una alianza del proletariado con las masas indígenas. Pero la confluencia de ambas fuerzas sociales solo resultaba posible si el bloque agrario gamonalista era destruido a través de la creación de organizaciones autónomas e independientes de las masas indígenas idea que, por lo que anotamos más arriba, era radicalmente opuesta a la de la Internacional. La fracturación del bloque intelectual que excluyó al mundo indígena del espíritu público de la sociedad peruana, el surgimiento de una tendencia objetivamente de izquierda, que colocada en la perspectiva de las masas indígenas, mantuvo una actitud comprensiva frente a la emergencia de las luchas obreras, fueron reconocidos por Mariátegui como hechos de fundamental importancia. Y es por eso que pudo afirmar que la creación del grupo intelectual proindigenista Resurgimiento anunciaba y preparaba una profunda transformación nacional, lo cual, como es sabido, lo obligó a sostener una áspera polémica con Luis Alberto Sánchez. Frente a la descalificación que este hacía del grupo valcarciano, defendió violentamente a un movimiento que en su opinión habría de coincidir con el de la clase obrera. La “cuestión campesina” en Perú se expresaba, según Mariátegui, como “cuestión indígena”, o dicho de otro modo, se encarnaba en un movimiento social concreto y determinado, y de su capacidad de irrupción en la vida nacional como una fuerza “autónoma” dependía la suerte del socialismo peruano²⁸. Es en esta confluencia o recomposición de indigenismo y socialismo donde está el nudo esencial, la problemática decisiva, el eje teórico y político en torno al cual Mariátegui articuló toda su obra de crítica socialista de los problemas y de la historia del Perú y sus esfuerzos encaminados a la constitución de un movimiento político de transformación que debía encontrar en el Partido Socialista del Perú su animador.

Vemos aquí desplegarse una tentativa inédita por convertir al socialismo en la expresión propia y originaria de las clases subalternas en la lucha por conquistar su autonomía histórica. La esperanza en una transformación revolucionaria, que en el mundo indígena aparecía como la prolongación de un pasado de grandeza, sintetizada en la idea de socialismo, podía convertirse en el mito sin el cual la formación de los grandes movimientos populares se convierte en un imposible. Peruanizar el Perú significaba por ello realizar al Perú como una nación socialista. La fractura del movimiento renovador que tenía en *Amauta* su principal centro de agregación significó el primer golpe serio contra este proyecto. No pudiéndolo evitar y obligado por las

28 Sobre este tema véase mi Introducción al volumen colectivo *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1978), xliii-lvi.

circunstancias a apresurar la formación de un organismo político, trató por todos los medios de que su propuesta programática, la composición social de su militancia, la característica organizativa de sus núcleos de base, el tipo de sus relaciones con la Internacional fueran lo suficientemente amplios como para impulsar y no constreñir el movimiento social en maduración. Por su formación teórica y por el exacto conocimiento que tenía del escaso desarrollo de la experiencia histórica de las masas peruanas, intuyó que el momento del partido político debía ser un *resultado*, antes que un *presupuesto* de las luchas de masas, que los puntos de condensación y de organización de la experiencia histórica de esas masas constituían la trama a partir de la cual, y como un producto propio de la voluntad colectiva en formación, emergía un nuevo organismo político, una nueva institución de clase donde se sintetiza toda esa experiencia histórica de luchas y se despliega en un programa concreto la irresistible tendencia de las masas a convertirse en el soporte de un nuevo proyecto de la sociedad. El partido político debía crecer, no como un todo completo, sino en sus elementos constitutivos, en el *interior* del movimiento de masas en desarrollo, y solo en la relación con dicho movimiento el partido encontraba su razón de ser, la garantía contra una sectarización que lo llevara a encontrar en sí mismo las razones de su propia existencia. Estas reflexiones que creemos encontrar en el trasfondo de las actitudes de Mariátegui nos permiten comprender el “retraso” con que el comunismo peruano se constituyó en partido, retraso que con justa razón la Internacional le atribuyó en forma exclusiva. Pero a su vez, nos muestra cómo no obstante el movimiento crecía, las organizaciones sindicales y campesinas se formaban, la Confederación General de Trabajadores del Perú se constituía, *Amauta* y el nuevo periódico obrero *Labor* se difundían, ampliando sus relaciones con otros grupos intelectuales y obreros, es decir cómo iban surgiendo en el movimiento aún informe de las clases subalternas un conjunto de instituciones en las que se expresaba la voluntad organizativa de esas clases, aproximando el momento del surgimiento de un verdadero partido político revolucionario. Es claro que toda esta voluntad de lucha y de organización tenía un centro decisivo de agregación, que era concebido por Mariátegui como un grupo comunista, cuya función decisiva debía ser la de impulsor de la maduración de conciencia política, de ejecutante de una obra de preparación, de educación política, ideológica y organizativa de los cuadros del movimiento social. Solo la maduración de este movimiento estaba en condiciones de dar a luz el organismo político que lo expresara. Entre tanto la función de los comunistas debía ser la de preparar las condiciones de su formación, acentuando su labor de educación política y de organización del movimiento de masas. La política de la Internacional era incorrecta porque al intentar apresurar artificialmente la formación de un partido comunista creaba las condiciones para una división aun mayor que la operada por la actitud unilateral y divisionista de Haya de la Torre.

La formación del Partido Socialista, como organización que reúne en su seno la dirección del movimiento social constituido por el proletariado, las masas campesinas indígenas y las capas intelectuales radicalizados, con un programa democrático radical y controlado por el grupo comunista dirigente, fue la respuesta que intentó Mariátegui para responder a esa triple exigencia de la realidad peruana: 1) la necesidad de disputar la orientación del movimiento social a un Apra en proceso de reconstitución en torno a Haya de la Torre; 2) la urgencia de encontrar una forma de vinculación “autónoma” con la Internacional Comunista; 3) las demandas políticas y organizativas del movimiento de masas. En esta estructura singular, que no creo pueda ser asimilada a organizaciones “interclasistas” sino más bien a esas formas nuevas insinuadas por los comunistas a mediados de los veinte –partidos obreros y campesinos–, los comunistas habrían podido desplegar, bajo la protección del movimiento de masas y de la estructura legal del Partido socialista, esa labor de formación de la conciencia política y de centralización de los mejores elementos del movimiento social imprescindible para acelerar la maduración del movimiento. Solo a partir de una situación tal un partido comunista en el Perú tendría una razón de ser.

Es precisamente a esta concepción, factible de ser detectada en la labor política e ideológica de Mariátegui, a la que yo denomino el “antijacobinismo” de Mariátegui, aproximable en muchos sentidos al Gramsci del período ordinovista. El rechazo de la caracterización de la revolución como un hecho político, antes que social; la intuición de la autonomía de los movimientos de masas frente al partido; el reconocimiento de la institucionalidad propia del proceso de organización de las clases subalternas, en cuya morfología se expresa su condición de clases *históricamente* –y no solo estructuralmente– situadas; la idea de un partido al que las masas, y no una voluntad externa a ellas, contribuyen a formar, todos estos son los rasgos distintivos de un pensamiento radicalmente opuesto al que predominaba en la Internacional Comunista, pero también, y es bueno no olvidarlo, al que explícitamente aparecía en la concepción hayista del partido aprista en proceso de formación²⁹.

Es paradójico señalar que si hay alguien en quien el esquema leninista de organización influyó poderosamente ese alguien fue Haya de la Torre. Su concepción de la inorganicidad del movimiento espontáneo de las masas en los países no europeos, donde la no centralidad del conflicto burguesía/proletariado impide la presencia en la propia dinámica social de los instrumentos ordenadores de la transformación; su privilegiamiento del partido político como “organizador científico” del proceso y dirigido en forma vertical y centralizada por un jefe único; la serie de atributos de tipo

29 Sobre la concepción de Haya de la Torre en torno al organismo político véase el análisis particularizado hecho por Carlos Franco en su trabajo ya citado. FRANCO, Carlos. *Izquierda política...*, 271–277.

mesiánico con que justifica su liderazgo indiscutido; la concepción de la disciplina política como absoluta supeditación al jefe, todos estos elementos que caracterizan la visión hayista del organismo político tienen serias reminiscencias leninistas y mussolinianas. Lo cual es bastante comprensible si recordamos que tanto la experiencia bolchevique, como la fascista – por esos años no todavía suficientemente identificada como de derecha– aparecían ante vastos sectores medios latinoamericanos como experiencias anticapitalistas y socializantes.

La violenta reacción de Mariátegui contra el proyecto hayista se explica también por su rechazo del jacobinismo a ultranza que se ocultaba detrás de un punto como el tercero del “Plan de México”. La formación de una *organización político militar* revolucionaria era radicalmente contrapuesta a su idea de un movimiento ideológico, político y de masas que por la inmadurez de la situación objetiva peruana y de la consolidación del propio movimiento estaba colocado fuera de un proyecto inmediato y concreto de *conquista del poder*. Y aquí creo yo encontrar la última –¿y por qué no?– la más decisiva de las diferencias entre la hipótesis mariateguiana y las de la Internacional y de Haya de la Torre. La ausencia en Mariátegui de la *temática del poder*, sobre la cual nunca se ha reparado suficientemente, quizás porque inconscientemente los comunistas aceptaron la polaridad afirmada por los apristas de un Mariátegui ideólogo puro colocado al margen de la política concreta, frente a un Haya de la Torre obsesionado por la toma del poder –polaridad que, vista desde esta perspectiva, nos remite a esa imagen exterior del soreliano y del leninista–, solo puede ser entendida cabalmente si aceptamos la misma explicación que da el propio Mariátegui en su carta al grupo de México cuando sostiene que de ninguna manera podía permitir que un movimiento *ideológico* de la magnitud del que se estaba formando en el Perú fuera *abortado* por el proyecto jacobino de Haya. Valdría la pena insistir sobre esta caracterización del movimiento social peruano como esencialmente “ideológico” (las palabras son suyas) porque en mi opinión pone claramente de relieve la aguda comprensión que tenía Mariátegui del movimiento histórico y social por el que atravesaba la sociedad peruana, y a la vez del grado de paciencia, tenacidad y claridad que se requería para que la construcción del movimiento político de masas no fuera triturado (o, como él dice, “abortado”) por hechos no suficientemente valorados en sus consecuencias y que provocaran, por lo tanto, una crisis social y política incapaz de ser aprovechada por una fuerza aún débil y en formación como era la que él se esforzaba por crear.

Por eso cuando afirmo que es imposible encontrar en Mariátegui una temática del poder, quiero decir simplemente que frente al gobierno de Leguía (gobierno que, como muchas veces se ha señalado, para aniquilar políticamente a los partidos opositores, permitió tácitamente las críticas a los

regímenes pasados³⁰) sostuvo una inteligente política de aprovechamiento de las fisuras del régimen para estructurar el movimiento. Una política “de poder” presupone necesariamente un programa de alternativa, pero una alternativa para aparecer como tal debe prever de manera concreta los procesos reales a través de los cuales la organización política que la propone será apta para efectuar, *en un tiempo razonablemente previsible*, un desplazamiento de fuerzas suficientes como para imponer precisamente el relevo del poder y su gestión. ¿Es posible encontrar en los escritos mariáteguianos de 1928–1930 reflexiones más o menos significativas sobre estos temas? ¿Podemos hablar de la presencia en el Partido Socialista de un programa de transición donde aparecieran claramente delimitados los fines de esta transición, las fuerzas que lo alimentan, las proposiciones concretas sobre las cuales se articula, la relación entre el programa y las *posibilidades* de realización? Creo que nada de esto aparecía, porque Mariátegui estaba instalado en otro terreno, en el terreno que él definía como “ideológico” y que en otra parte yo a mi vez me permitía definirlo como “fundacional”, vale decir, en ese lugar donde el grito aislado no cuenta, “por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad, cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento”³¹.

30 Cf. MACERA, Pablo. “Reflexiones a propósito de la polémica del indigenismo” en *Apuntes*, año III, núm. 6, (1977): 79. En torno a este tema controvertido de la actitud de Mariátegui frente a la coyuntura política peruana de los años veinte, y más en particular sobre el gobierno de Leguía, tiendo a pensar exactamente como Basadre cuando afirma que “para Mariátegui, combatir a Leguía no era lo esencial, sino difundir ideas, preparar el ambiente ideológico para la ‘gran transformación’ y muchas fueron las veces que Mariátegui coincidió con el leguismo atacando a la oligarquía tradicional. Muy común es la tendencia a mirar solo el presente, a adoptar ante el hecho histórico que se tiene delante una actitud de enloquecimiento considerándolo algo así como un hecho definitivo del cual se va acabar el mundo. (...) La acción genial puede acelerar el rumbo de la historia pero solo en medida en que la época y el momento lo permiten. Algo de esto debió meditar o intuir seguramente Mariátegui cuya obra por lo mismo que no rozaba los intereses inmediatos y era de tipo estrictamente intelectual, carecía de fundamental importancia ante los ojos de Leguía y de quienes como él pensaban” (BASADRE, Jorge. *Perú: Problema y posibilidad* [Lima: Banco Internacional del Perú, 1978], 200–201). Cuando el desarrollo del movimiento social afectó al gobierno de Leguía, este hizo uso de todo el poder represivo del estado. Pero el hecho es que Mariátegui trató de construir una acción teórica y política que evitara un enfrentamiento que intuía catastrófico para el movimiento de masas. Sobre este tema valdría la pena de seguir reflexionando porque aquí creo que está una de las claves importantes para comprender su actitud frente a Haya de la Torre y también frente a la Comintern.

31 *Amauta*, núm. 17, septiembre de 1928 en Manuel Burga y Alberto Flores Galindo. *Apogeo y crisis de la República aristocrática* (Lima: Ediciones Rikchay Perú, 1979), 193, libro al que lamentablemente tuve acceso solo después de concluido el presente trabajo. (La cita corresponde al editorial del número 17 de *Amauta* titulado “Aniversario y balance”, texto que si bien no tiene firma, ha sido atribuido a José Carlos Mariátegui. [Nota de los editores])

Tanto la Comintern –a través de su Buró Sudamericano– como Haya de la Torre criticaron a Mariátegui esa ausencia del problema del poder a la que hacemos mención. Ambos acabaron por definirlo como un ideólogo con toda la carga peyorativa que en ellos tenía esta designación: el utopista vano que alimenta la esterilidad en la acción. Para Mariátegui el problema del poder no podía ser tematizado porque no estaba instalado en el horizonte político de las masas trabajadoras peruanas, ni existía por tanto un movimiento político de masas en condiciones de plantearlo como una tarea realizable. Para la Comintern y también para Haya, para que el poder pudiera ser “tomado” solo bastaba que existiera un organismo político lo suficientemente audaz como para coronar políticamente la irrupción destructiva de las masas en un momento concreto. Puesto el énfasis del análisis en la propia organización política, es lógico que la concepción insurreccionista que alimenta la estrategia de la Internacional Comunista por esos años tienda poderosamente a coincidir con la propuesta hayista de un organismo político y *militar* que a través del *putsch* rompa el muro de contención con el que las oligarquías autoritarias intentan frenar el movimiento inorgánico de las clases subalternas. Y porque se considera a dicho movimiento como “inorgánico” la relación entre organismo político y masas es siempre vista en términos “iluministas”, y por tanto “jacobinos”.

Creo encontrar en Mariátegui una visión –y el problema reside en saber hasta dónde ya había alcanzado a ser una concepción!– radicalmente distinta del “partido de la revolución”. Una visión que lo impulsaba a considerarlo no como un *presupuesto* de la acción, sino como un resultado de las luchas de las masas. Las vanguardias políticas más o menos “externas” a las masas que se planteaban la tarea de formar ese “partido de la revolución” (y pongo entre comillas esta expresión porque la recupero en el sentido marxiano, antes que leninista) solo estarán en condiciones de realizar dicha tarea *desde el interior* de un movimiento de masas autónomo y organizado en una red de estructuras organizativas reivindicativas y políticas a la vez, estimulando el desarrollo de ese movimiento, combatiendo sus momentos corporativos, elevando los niveles de conciencia de las vinculaciones entre la lucha local y el movimiento general, o dicho de otro modo, generalizando las experiencias de lucha y creando las condiciones para nuevos avances. De este modo el crecimiento del propio movimiento se va configurando como una *alternativa social*, y no solo política, al sistema. Si el proceso de constitución del movimiento social es concebido de esta manera –y existen suficientes elementos para afirmar que así ocurría con Mariátegui– un partido o una organización política que se considere verdaderamente revolucionaria no puede concebirse a sí mismo como una típica organización “bolchevique”, sino como un organismo de nuevo tipo, cuyas formas organizativas precisas no pueden ser trasladadas de procesos revolucionarios de otros momentos o de otros países, sino creadas a partir de las exigencias y de las

características de luchas que son nacionalmente diferenciadas (con todo lo que esto implica) y a partir de un grado determinado de organización del movimiento de masas.

Son todas estas ideas las que encontramos viviendo en el horizonte ideológico y político mariáteguiano. El hecho de que no hubieran madurado plenamente no solo deriva de lo prematuro de su muerte, y de la gelatinosidad del proceso social peruano, sino también de que para que pudieran abrirse paso era preciso hacer estallar el modelo revolucionario constituido y difundido hegemónicamente por la III Internacional. Tuvieron que ocurrir demasiadas cosas en el mundo para que hoy se pueda intentar un análisis crítico de todo ese movimiento de tan extraordinaria significación, no obstante sus serias limitaciones ideológicas, teóricas y políticas. Mariátegui no las vivió pero por razones que siempre resultan extremadamente útiles indagar su pensamiento apuntaba a un horizonte sorprendentemente próximo al de hoy.

Creo que una perspectiva crítica como en la que estamos colocados puede permitirnos explicar por qué hasta el fin de sus días Mariátegui insistió, contra la opinión de algunos de sus colaboradores y la presión irrefrenable de la Comintern en el carácter socialista, popular y autónomo de la nueva organización que se propuso formar, y que solo se convirtió en comunista un mes después de su muerte y a costa de su fraccionamiento. Las dos direcciones en las que insistía Mariátegui: la de la dimensión popular del partido en cuanto que forma de organización política adherente a los caracteres distintivos de la sociedad neocolonial peruana, y la definición de los rasgos propios a través de los cuales debía expresarse la dirección política, y que ponía el acento fundamental en la permanencia y la extensión del movimiento de masa, fueron totalmente dejados de lado por un núcleo dirigente que, apoyado en la fuerza incontrastable de la Comintern, hizo de la lucha contra el aprismo la razón de ser su existencia política.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

ANDERLE, Adam. "Comunistas y apristas en los años 30 en el Perú (1930–1935)" en *Acta Histórica* LXIII (1978).

ARICÓ, José. "Introducción" en José Aricó (comp.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1978), xliii–lvi.

BALBI, Carmen Rosa. *El Partido Comunista y el Apra* (Lima: Herrera Editores, 1980).

BASADRE, Jorge. *Perú: Problema y posibilidad* (Lima: Banco Internacional del Perú, 1978).

_____. *Historia de la República del Perú*, t. XIII (Lima: Editorial Universitaria, 1970).

BÉJAR, Héctor. "Apra-PC 1930-1940. Itinerario de un conflicto" en *Socialismo y Participación* 9 (1980).

BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto. *Apogeo y crisis de la República aristocrática* (Lima: Ediciones Rikchay Perú, 1979).

Bureau Sudamericano de la Internacional comunista. "Las tareas de los partidos comunistas latinoamericanos en el frente ideológico" (Buenos Aires, marzo de 1932).

Büro des Sekretariates des Sekretariat des Exekutivkomitees der Kommunistischen Internationale. "Materialien über die Tätigkeit der Sektionen der Kommunistischen Internationale, Süd- und Karibich-America" en *Die Kommunistische Internationale vor dem VII Weltkongress* (Moscú Leningrado, 1935).

CARNERO CHECA, Genaro. *La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista* (Lima: Amauta, 1964).

CONFINO, Michael "On Intellectual and Intellectual Traditions in Eighteenth and Nineteenth-Century Russia" en *Daedalus* (1972).

CORNEJO U., Edmundo. *Páginas literarias de José Carlos Mariátegui* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1978).

DEUSTUA, José y Alberto Flores Galindo. *Los comunistas y el movimiento obrero. Perú 1930-1931* (Lima: Dpto. de Ciencias Sociales, 1977 [mimeo]).

DI SIMPLICIO, Daša e Oscar. "Sulle origini dell' intelligencija russa" en *Studi Storici*, año 20, No. 2 (1979): 339-372).

FLORES GALINDO, Alberto. "Los intelectuales y el problema nacional" en *Buelna* 4-5 (1980).

- FRANCO, Carlos. "Izquierda política e identidad nacional" en *Perú: identidad nacional* (Lima: Cedep, 1979).
- GARGUREVICH, Juan. *La Razón del joven Mariátegui* (Lima: Editorial Horizonte, 1978).
- GARRELS, Elizabeth. "Mariátegui, la edad de piedra y el nacionalismo literario", en *Escritura 1* (1976).
- GRAMSCI, Antonio. "Algunos temas sobre la cuestión meridional", en Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci* (México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1977).
- _____. *Quaderni del carcere*, vol. III (Turín: Einaudi, 1975).
- _____. *Lettere dal carcere* (Turín: Einaudi, 1956).
- HERZEN, Alexandr. *Il passato e i pensieri* (Milán: Feltrinelli, 1961).
- LEWIN, Moshe. *Economia e politica nella società sovietica* (Roma: Editori Riuniti, 1977).
- LYNCH G., Nicolás. "La polémica indigenista y los orígenes del comunismo en el Cusco" en *Crítica Andina*, 3 (1979).
- MACERA, Pablo. "Reflexiones a propósito de la polémica del indigenismo" en *Apuntes*, año III, núm. 6, (1977).
- MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, t. II, (Lima: Empresa Editora Peruana, 1947-1949).
- ROUILLON, Guillermo. *La creación heroica, t. I. La edad de piedra* (Lima: Editorial Arica, 1975).
- SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Apuntes para una biografía del Apra*, vol. I (Lima: Mosca Azul, 1978).

Secretariado Sud Americano de la Internacional comunista. *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio de 1929* (Buenos Aires: La Correspondencia Sudamericana 1929).

TERÁN, Oscar. "Los escritos juveniles de Mariátegui", en *Buelna* 4-5 (1980).

TOGLIATTI, Palmiro. "El leninismo en el pensamiento y en la acción de Antonio Gramsci" en *Escritos políticos* (México: Era, 1971).

TUTINO, Saverio. *L'Octobre Cubano* (Turín: Einaudi, 1968).